

El lector inventado

Augusto Rodríguez



Universidad Politécnica Salesiana

El Lector Inventado

Augusto Rodríguez

El Lector Inventado

Ensayos Literarios



ABYA | UNIVERSIDAD
YALA | POLITÉCNICA
SALESIANA

2015

El Lector Inventado. Ensayos Literarios

Augusto Rodríguez

©Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
Casilla: 2074
P.B.X. (+593 7) 2050000
Fax: (+593 7) 4 088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec
Cuenca-Ecuador

Área de Ciencias Sociales
y del Comportamiento Humano
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Ilustración de Portada: Simón Velasco R.

Diseño,
diagramación
e impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN UPS: 978-9978-10-214-5

Impreso en Quito-Ecuador, febrero de 2015

Publicación arbitrada por la Universidad Politécnica Salesiana

Contenido

Los raros	9
El lector inventado	29
El fulgor de las palabras	33
El cuaderno de Kafka	39
La muerte en Facebook	57
Glory Box	59
Llamadas telefónicas	65
Antropología pop (Para árboles epilépticos)	67
Con plexo de culpa de Dina Bellrham	75
Concupiscencia de Siomara España	83
El enigma de Lezama Lima	89
Semblanzas de Sergio Román Armendáriz	95
El final del juego	101

*No hay, a la vez,
nada más real ni nada más ilusorio
que el acto de leer.*

(Ricardo Piglia)

*Yo soy ahora un lector de páginas
que mis ojos ya no ven.*

(Jorge Luis Borges)

Los raros

En el año 1896, el poeta Rubén Darío publica una serie de semblanzas de autores con el título de *Los raros*, en este libro aparecen autores como Paul Verlaine, Villiers de l'Isle Adam, Jean Richepin, Lautréamont, Eduardo Dubus, Edgar Alla Poe, Ibsen. En la segunda edición, se añaden las semblanzas de Camille Mauclair y Paul Adam. La mayoría son poetas simbolistas franceses. Solo hay dos autores hispano-americanos, los cubanos Augusto de Armas y José Martí. Estoy seguro que si viviera Rubén Darío la lista de Los raros continuaría y sería extensa.

Yo a esta lista quiero sumar algunos narradores y poetas que pueden ser catalogados de esta forma y son tal vez la parte más oscura e invisible de la literatura de sus países:

Julio Inverso (Montevideo, 1963- Montevideo, 1999)

Poeta y narrador uruguayo. Su destino era la medicina pero se dedicó de lleno a la literatura. Formó parte del grupo Tristán Tzara en los años 80, grupo que hacían intervenciones, actividades y talleres abiertos al público. La literatura uruguaya tiene grandes nombres que sobresalen pero siempre es calificada de extraña. Más que por sus obras por sus escritores, tenemos el caso de Horacio Quiroga; Delmira Agustini que fue asesinada por su marido Enrique Job Reyes y después él se suicidó; Marosa di Giorgio, el mismo Onetti, entre otros.

Volviendo a Inverso, él era un poeta gótico. Un poeta punk. Un poeta rebelde. Incomprendido, veloz, agresivo, desafiante. El poeta y crítico uruguayo Rafael Courtoisie dijo:

Algunas veces sonaba el teléfono de mi casa a las tres o cuatro de la mañana. Era Julio Inverso, con su poesía y su radical existencia. En medio de la noche, había tenido alguna revelación que me quería comentar. Por lo general, la revelación tenía una intensidad lumínica tal que ya no podía volver a dormirme. Inverso encandilaba. A veces cegaba. Claro, la muerte, en el serpentario que suelen ser los corrillos literarios en Madrid, en Sarajevo, en Berlín, en México, en Bogotá y en la austral Montevideo, purifica. La muerte mejora notoriamente cualquier currículum. Pero no es su suicidio lo que hizo buenos sus textos. Sus textos eran muy buenos desde que comenzó a publicar, con seguridad, con mano diestra, con extraordinaria originalidad que habrá que atender.

Inverso se suicidó ahorcándose en Montevideo en 1999, pocos días después de la publicación de *Más lecciones para caminar por Londres*. Varias de sus obras han sido reeditadas o publicadas por primera vez en forma póstuma y una parte aún permanece inédita.

Andrés Caicedo (Cali, 1951- Cali, 1977)

Andrés Caicedo le dejó una emotiva carta a su madre. En el primer párrafo se lee:

Un día tú me prometiste que cualquier cosa que yo hiciera, tú la comprenderías y me darías la razón. Por favor, trata de entender mi muerte. Yo no estaba hecho para vivir más tiempo. Estoy enormemente cansado, decepcionado y triste, y estoy seguro de que cada día que pase, cada una de estas sensaciones o sentimientos me irán matando lentamente. Entonces prefiero acabar de una vez.

Caicedo es un caso raro en una tradición literaria colombiana donde no son comunes los poetas, ni narradores suicidas. Caicedo estaba obsesionado por la vida nocturna de Cali, por sus mujeres, por sus hombres, por la música en especial el vallenato y la salsa. Y sobre todo por la literatura y el cine. Incluso su afán por ser un gran guionista lo llevó a viajar a los Estados Unidos donde vivió unos meses en penuria esperando filmar una película o para que importantes cineastas de ese país lo descubrieran. Caicedo escribió: “Aquí en USA sin amigos no sirven mis palabras. Me han detenido en la aduana, me han registrado por colombiano, por traficante de drogas (...). Un rubio me insultó con sus ojos porque me vio latino, perdí mi máquina de escribir. Perdido”.

Su vida se agotaba frente a la pantalla del cine, viendo películas de Fellini, Polanski, Siegel, Roeg, Romero. Escribiendo y editando clandestinas revistas de cine. Caicedo

do era una los escritores más prolíficos de su generación, escribió: *Calicalabozo*, *El atravesado*, *Noche sin fortuna*, *El cuento de mi vida* y *¡Que viva la música!*, entre otros libros. El escritor chileno Alberto Fuguet lo describe así:

Cinéfilo y cinéfago; cortometrajista; lector voraz; fundador de un cine-club y una revista de cine; adicto a la máquina de escribir. Andrés Caicedo tenía rumba en la sangre, la ingenuidad de un niño, las dudas de un hombre. Sufría de insomnio. Sabía que había nacido con la muerte adentro y su única forma de enfrentarla era desafiándola. Pero antes escribía con urgencia, leyendo todo a su paso, luchando contra la corriente. Sentía un gran apego a su madre, a su novia Patricia y a sus amigos. Pero sobre todo un gran apego a su ciudad natal, Cali, que es fondo y personaje de todas sus novelas.

En el libro *Mi cuerpo es una celda, una autobiografía de Andrés Caicedo* de Fuguet podemos leer esta última sentencia: El 4 de marzo de 1977, horas después de recibir por correo el primer ejemplar de *¡Que viva la música!*, la novela que se transformaría en el libro de culto colombiano por excelencia, Andrés Caicedo tomó sesenta seconales. Murió recostado sobre su máquina de escribir.

Raúl Gómez Jattin (Cartagena de Indias, 1945- Cartagena de Indias, 1997)

La vida del poeta colombiano Raúl Gómez Jattin es una historia arriesgada, dura pero muy triste. Desde muy joven se dedica a la enseñanza y al teatro. Incluso estudió algunos años Derecho en la Universidad Externado de Colombia en Bogotá pero se regresa su lugar de origen y vive en hospitales psiquiátricos, parques o en las calles. El mismo Gómez Jattin en alguna ocasión dijo: Mis últimos años oscilaron entre la mendicidad en las calles, el domicilio de aceras y parques y las numerosas y más o menos prolongadas estadías en diferentes clínicas psiquiátricas. Pero nunca dejé de escribir. Y así fue su vida, entre un eterno vagar por comida, alcohol, drogas, mujeres, hombres y la poesía. Incluso en sus momentos de mayor desesperación se dice que robaba y hasta golpeaba a los transeúntes por hambre, nervios o locura.

El reconocido escritor y ensayista mexicano Carlos Monsiváis escribe el prólogo del libro *Amanecer en el Valle del Sinú* del poeta colombiano y nos dice:

A Gómez Jattin le importa, de modo casi literal, internarse en sus textos, adoptar la identidad que éstos le conceden. A la estrategia inmemorial del “canje de realidades” (la palabra escrita como la vida alterna), llega casi desde el principio, pero como muy pocos padecen la unidad salvaje de los dos mundos. Raúl vive el ensimismamiento, y da vueltas en torno a pasiones elementales y complejas. Si Porfirio Barba Jacob es su antihéroe heroico, él va más

allá al sólo admitir el éxtasis de la desintegración. Si su poesía tiende a constituirse en el retrato exacto del modo en que se percibe a sí mismo, es también una antología de las imágenes que giran sobre los abismos de la alteración psíquica, y que le multiplican el alma como panes y peces de la parábola bíblica. Él es legión precisamente porque reparte su soledad con animosidad (...) La terrible y asombrosa historia de Raúl es, si se quiere, la puerta de entrada al conocimiento de una obra fundamental, pero lo que deslumbra, dentro de su temática restringida, son los textos, cada vez menos extraños y más arriesgados en la sensualidad contemporánea, cada vez más llenos de mundo.

El 22 de mayo de 1997 en su natal Cartagena, el poeta Raúl Gómez Jattin muere atropellado por un bus (se piensa que estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas e incluso que lo empujaron) y se cree que fue una muerte accidental. Aunque existen testigos que confirman que Gómez Jattin se lanzó contra el bus que lo terminó arrollando. Otro caso extraño de suicidio un suicidio, otro caso oscuro que la policía, los peritos, ni la ley, jamás dieron un veredicto final.

Ángel Escobar (Guantánamo 1957- Vedado 1997)

Se cree que el poeta cubano Ángel Escobar cada día que pasa canta mejor. Es decir, su poesía cada vez es más fresca, intensa y llena de fuerza. Al principio la poesía de Escobar en su país y en especial en La Habana era de grupos muy selectos, grupos cerrados que saboreaban y disfrutaban de su poesía. Ahora su poesía cada vez agarra más fuerza y es ubicada en el puesto que se lo merece, junto a poetas de la talla de Lezama Lima, Virgilio Piñera, José Kozzer, Reina María Rodríguez, entre otros.

Escobar estudió Arte dramático en 1977 en la Escuela nacional de Arte de La Habana y después Artes Escénicas en el Instituto Superior de Arte. Ganó el premio David de la UNEAC. Sus libros se han publicado en Cuba, España, Colombia, entre otros.

El crítico Efraín Rodríguez Santana escribió:

El poeta se llamaba Ángel Escobar y murió en 1997. Casi a punto de cumplir los cuarenta años decidió una tarde sentarse en la baranda del balcón de su apartamento, y se dejó caer. El abismo lo recibió, pero el abismo de Ángel tenía un horizonte de concreto y su cabeza pegó duro contra el piso, y por fin se produjo la tranquilidad, el reposo que con tanto denuedo había buscado por cientos de caminos. Con su poesía parecía llegar a algunos descansos benefactores, sus poemas servían para descargar furias y tormentos, y también para respirar. Bocanadas de aire y humo de cigarro que inhalaba mientras que su pierna

derecha pateaba el césped imaginario de un campo de fútbol o la hierba revuelta de una pradera ignota. Unos minutos antes de morir habló con su hermana Luz Marina y la instó a que preparara ese arroz sabroso de Oriente, y ella se fue a la cocina sonriendo. Él se levantó del sillón donde descansaba y puso encima del piano un papel blanco mecanografiado. Allí estaba el último poema escrito un día antes, con destino a un amigo suyo, pintor picassiano, hombre de buena fe y gran sentido del trabajo. En ese poema intenta explicar las razones modernas de la continuidad de las imágenes, sean pictóricas o verbales: cada uno tiene un modo de entenderse a sí mismo.

Lo que se conoce sobre Escobar es que padecía de esquizofrenia y eso lo llevó a tener una vida de incertidumbre y locura. Su vida no fue fácil. Pero su poesía quedó. Y al leerla duele.

José Antonio Ramos Sucre (Cumaná, 1980- Ginebra, 1930)

Su vida se dio entre la diplomacia, la educación y la poesía. Tenía una gran memoria y aprendía con facilidad idiomas, hablaba: griego, francés, inglés, italiano, portugués, alemán, danés, sueco y sánscrito.

Por eso gran parte de su vida la dedicó a la diplomacia de su país. Además era graduado y especialista en temas de derecho y de literatura. Sufrió de depresión y del sistema nervioso, sobre todo de insomnio extremo. Dormía muy poco. Cuando no dormía se dedicaba a caminar por las calles nocturnas de Caracas. Repudiaba al mundillo literario venezolano y lo veía muy tradicional, atrasado y pueblerino.

Introdujo el poema en prosa en la poesía venezolana. Y fue considerado como uno de los poetas venezolanos más avanzados de su tiempo. A pesar de que su poesía fue olvidada y archivada entre otra poesía en Venezuela.

Con el tiempo se redescubre el valor de su obra y es reeditada entre la mejor poesía de su país. Ramos Sucre tuvo una vida solitaria. No se conoce si tuvo hijos y esposa; lo más seguro que no, pues su vida se iba entre la lectura, su poesía y sus viajes al extranjero. El 13 de junio de 1930 durante un viaje a Ginebra, se toma una sobredosis de veronal, que la causa la muerte después de varios días de agonía.

Con el paso del tiempo, su poesía y su legado son recordados en Venezuela. Las más importantes editoriales han reeditado sus libros, publicados en Venezuela y en el extranjero y se lo ve como referencia obligada para entender la poesía venezolana a lo largo del siglo XX. Su casa natal en Cumaná es una Casa Museo en honor a su obra literaria.

Juan Emar (Santiago de Chile, 1893- Santiago de Chile, 1964)

Su nombre real era Álvaro Yáñez Bianchi, pero fue más conocido por el seudónimo Juan Emar. Escritor, crítico de arte y pintor chileno e integrante del colectivo de artistas plásticos Montparnasse. Publicó algunas obras breves que no despertaron mayor interés en el lector chileno y se dedicó exclusivamente a escribir la novela *Umbral* de más de 5 000 páginas.

Enrique Vila-Matas en el prólogo de *Un año* escribió:

Fue el escritor Roberto Brodsky primero y poco después Cristian Warnken quienes dispararon una flecha al azar, que me ha dejado leyendo la asombrosa obra de Juan Emar. No hay un solo viaje al extranjero donde no me aparezcan uno o dos escritores raros del país visitado. Vienen a mí con la misma naturalidad con la que me llegaron las flechas al azar de Brodsky y Warnken, la misma con la que me llegaba siempre el calor infinito de los días chilenos. En Chile, han sido dos raros, dos escritores que he descubierto y que aquí ahora celebro.

Autor de los libros *Diez*, *Ayer*, *Un año*. Vivió una gran parte de su vida en Francia y en otros países de Europa. Se sabe muy poco sobre su muerte.

Néstor Perlongher (Avellaneda, 1949- San Pablo, 1992)

Fue poeta, sociólogo, antropólogo, político y uno de los principales referentes en la lucha por los homosexuales y por eso fue encarcelado. Se graduó de sociólogo en la Universidad de Buenos Aires y se trasladó a San Pablo, Brasil, donde fue docente.

Fue animador de la literatura neobarroca, un estilo que él denominó *neobarroso* ya que, según su explicación, en esa escritura se fundían el barroco con el barro del Río de la Plata. Sobre esto, el periodista A. Schettini escribió:

Néstor Perlongher fue un escritor insaciable. Creó un estilo propio que apodó neobarroso, en el que reunía contradictoriamente los bucles barrocos y el barro del Plata: es decir, él mismo...la figura de Néstor Perlongher se fue agigantando de un modo tal que a esta altura aparece como una de las voces más necesarias de la última poesía argentina.

Falleció a causa del SIDA.

Carlos Martínez Rivas (Puerto de Ocoz, 1924-Managua, 1998)

Carlos Martínez Rivas comenzó a escribir desde muy joven y con sus primeros poemas se ganó el afecto y el cariño de los lectores, críticos y escritores de Nicaragua.

Se trasladó a Madrid para cursar estudios de filosofía y letras. En 1947 publicó el poema *Canto fúnebre a la muerte* de Joaquín Pasos en honor a su amigo y poeta, muerto a muy joven edad. Y en 1953 publicó su obra más importante, *Lainsurrección solitaria*. Se sabe que ganó importantes premios pero se rehusó a recibirlos y vivió alejado del mundillo literario de su país.

Se dice que bebía todo el tiempo y sus únicos amigos fueron los niños de la calle y las prostitutas. Muere abandonado en un Hospital de Managua.

Leopoldo María Panero (Madrid, 1948- Las Palmas de Gran Canaria, 2014)

Siempre fue señalado como poeta maldito y siempre fue un izquierdista radical. Desde 1970 se le consideró dentro del grupo de “Los Novísimos” (los Nueve novísimos poetas españoles de José María Castellet), por dicha antología.

En los años 70 fue ingresado por primera vez en un psiquiátrico. Y desde ese momento hasta su muerte vivió en varias unidades psiquiátricas de Las Palmas de Gran Canaria. Su obra es bastante extensa y leída en todo el mundo.

En el año 2003 fue galardonado con el Premio Estaño de Literatura. Su último poemario quedó inédito que se denomina *Rosa enferma* y que posteriormente publicó la Editorial Huerga y Fierro en el año 2014.

José Carlos Becerra (Villahermosa, Tabasco, 1936- Brindis, 1970)

Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria Escuela-Nacional Preparatoria y luego en la Facultad de Arquitectura, igual de la UNAM. Al serle concedida la beca de la Fundación Guggenheim, a finales de septiembre de 1969, salió para Nueva York y de allí vivió en Europa. Se estableció durante seis meses en Londres.

Publicó varios libros en México y en Europa. Pero en un viaje de paseo por Italia, se accidenta en su carro. Muere en las cercanías de San Vito de los Normandos a los 34 años de edad. Su obra poética íntegra fue editada en el volumen *El otoño recorre las islas* en 1973, con prólogo de Octavio Paz.

Jacinto Santos Verduga, alias *Chintolo* (Bahía de Caráquez, 1944- Guayaquil, 1967)

Todos sus amigos y cercanos le decían *Chintolo* de cariño. Un día llegó al Puerto Principal de Guayaquil y no se regresó. Estudió en el colegio Vicente Rocafuerte. Siempre fue un líder y un gran aficionado al karate. Desde joven siempre su tema predilecto era la muerte y también siempre andaba armado (aunque nadie supiera dónde sacaba las armas). Fue profesor de literatura en colegios de la ciudad. Pero siempre era expulsado por tener romances con sus alumnas.

En reuniones solía sacar su pistola y dar varios disparos al aire. Aunque una vez lanzó su vaso de whisky al piso y agarró un vidrio y se cortó el brazo izquierdo. El día siguiente fue a visitar a un psiquiatra por consejo de sus amigos. Se piensa que no era un *infante terrible* ni un hombre malo sino alguien que no era mala persona pero tenía momentos que al parecer se iba de sí mismo. Tuvo varios hijos y amantes. Su poesía seguía latente, escribía todo el tiempo en una vieja máquina de escribir que trajo desde su ciudad natal.

El historiador Rodolfo Pérez Pimentel lo definió así:

Chintolo medía 1.80, blanco, pelo negro y miope. Fue un poeta intenso, capaz de sacudir profundamente con cuatro versos cortos. Certero para el atisbo humano hondo, ahondó implacable en una visión desolada y desesperanzada de la vida. Y la reflexión e iluminación que tal suerte de

escritura implicaba, terminó por cerrarle todos los caminos de salida y lo llevó a dar cumplimiento a los más ominosos y trágicos anuncios premonitorios y de la llaga insomne. Su esposa viajó a los Estados Unidos para comprar mercadería. Su amante lo fue a visitar a su hogar una noche. Se encerraron en el baño, tuvieron una fuerte discusión y *Chintolo* le da un balazo a la joven que queda muy mal herida, él se dispara en la sien pero no muere y se vuelve a disparar en el pecho para morir de forma fulminante.

Sus amigos golpearon la puerta y al botarla encontraron los dos cuerpos en el piso: *Chintolo* muerto y el de la joven casi sin vida. A las pocas horas ella falleció en una clínica de Guayaquil.

Rolando Cárdenas (Punta Arenas, 1933- Santiago de Chile, 1990)

Poeta chileno de la generación del 50. Creció leyendo y escuchando las historias de y de los Hermanos Grimm, que le generaría su primera relación mítica con la imaginaria poética. Sus estudios los realizó en la Escuela Superior de Hombres N° 15, en un barrio popular de Punta Arenas, después continuó en la Escuela Industrial Superior.

La infancia de Rolando Cárdenas fue solitaria, triste, pobre y llena de nostalgia. Al finalizar la enseñanza secundaria, Cárdenas se ocupa dos años como obrero en la Empresa Nacional del Petróleo de Chile. En 1954 se traslada a Santiago, para estudiar en la Universidad Técnica del Estado donde se gradúa de Constructor Civil.

En Santiago conoció al poeta Jorge Teillier. Ambos fueron los exponentes más destacados de la poesía lírica. Poco se sabe de su muerte, solo se conoce que murió en la pobreza más atroz.

El lector inventado

*Aprender es lo más importante
que me ha pasado en la vida.*

(Mario Vargas Llosa)

Leer para olvidar. Leer para recordar. Leer para soñar. Leer para vivir. Leer para no morir. El escritor argentino Ricardo Piglia dice en su libro *El último lector*: “Borges es uno de los lectores más persuasivos que conocemos, del que podemos imaginar que ha perdido la vista leyendo, intenta, a pesar de todo, continuar. Ésta podría ser la primera imagen del último lector, el que ha pasado la vida leyendo, el que ha quemado sus ojos en la luz de la lámpara”. Borges afirmaba: “Yo soy ahora un lector de páginas que mis ojos ya no ven”.

Borges, Kafka, Joyce, Bolaño, son algunos ejemplos de los últimos escritores/lectores de un tiempo fugaz. De un tiempo que se va de los dedos. Un tiempo sin tiempo. Un tiempo donde leer ya no es gesta, lucha, reflexión o debate. Ahora es un tiempo de redes sociales, de lo inmediato, del chisme y de lo percedero.

El escritor escribe un texto que se va a perder en el mar de información que vivimos. El lector lee lo que tiene cerca y lo que conoce. Kafka decía: “Un libro debe ser el ha-

cha que rompa el mar helado que hay dentro de nosotros”. ¿Leemos por placer? ¿Por gozo o por obligación? ¿Leemos por descubrir o por llenar una tarea imaginaria?

Leer para descifrar un mundo. Leer para acompañarnos. Leer para no estar solos. Leer para vivir otras vidas. Leer para espantar a los muertos. Leer para espantar a los vivos. Siempre he creído que quien lee no sólo es mejor persona, más sensible, más crítico, más reflexivo, sino un hábil jugador de los destinos humanos.

Ricardo Piglia dice:

El que lee está a salvo de cualquier perturbación, aislado de lo real. La lectura construye un mundo paralelo, pero ese mundo paralelo, esa experiencia ficcional e la lectura, irrumpe ahora como lo real mismo y produce un efecto de sorpresa y de vacilación. La ficción entra en lo real de manera inesperada; ya no es lo real que entra en la ficción. Pero la clave es que ese cruce se realiza como una operación interna al acto de leer.

Quien lee es una suerte de mago o vidente que sigue de cerca lo que hacen los personajes de un libro. Va en busca del asesino. Va en busca siempre de la verdad. Una suerte de testigo presencial de los más importantes hechos de la humanidad. Reales o no reales, eso da lo mismo. Lo importante es que es un testigo que descubre algo que ni los más minuciosos detectives aciertan, ni presagian. Y es ahí cuando el lector inventa o es inventado por una historia. Sigue el ritmo de lo que lee. Nabokov afirmaba sobre este tema: “El buen lector, el lector admirable no se identifica

con los personajes del libro, sino con el escritor que compuso el libro”.

El buen lector es inventado y a la vez inventa al autor imaginario o fantasmal y lo hace testigo presencial de un mismo hecho que va inventado. El lector y el autor se cambian los roles y es como el cuento *Ficciones* de Borges que el autor sueña con un personaje en una isla desierta y no sabía que a su vez él era soñado por alguien más o superior que él no conoce. El lector inventa y es inventado siempre. Es una regla básica de la literatura que será difícil de olvidar.

El fulgor de las palabras

El primer libro que leí del poeta, ensayista y narrador uruguayo Rafael Courtoisie (Montevideo, 1958) fue *Estado sólido* (VIII Premio Fundación Loewe, 1996) y realmente fue un gran descubrimiento, una luz encendida en la oscuridad, un rayo fulgurante dentro de los libros de poemas que circulaban en mi país. Poemas como *El amor de los locos*, *Resistencia de los materiales*, *Las formas del agua*, *Palabras de la noche* *Metales*, etc., son hermosos y únicos. De ahí he podido leer casi todos los libros de este autor como: *Palabras de la noche* (2006), *Todo es poco* (2004), *Poesía y caracol* (2008), *Tiranos temblad* (2010), *Santa poesía* (2012), *Las palabras no entienden lo que pasa* (2013) y *El lugar los deseos* (2013), etc. Por ejemplo leamos el poema *El amor de los locos*:

Un loco es alguien que está desnudo de la mente. Se ha despojado de sus ropas invisibles, de esas que hacen que la realidad se vele y se desvíe. Los locos tienen esa impudicia que deviene fragilidad y, en ocasiones, belleza. Andan solos, como cualquier desnudo, y con frecuencia también hablan solos (“Quien habla solo espera hablar con Dios un día”).

Más difícil que abrigar un cuerpo desnudo es abrigar un pensamiento.

Los locos tienen pensamientos que tiritan, pensamientos óseos, duros como la piedra en torno a la que dan vueltas, como si se mantuvieran atados a ella por una cadena de hierro de ideas.

El cerebro de un pájaro no pesa más que algunos gramos, y la parte que modula el canto es de un tamaño mucho menor que una cabeza de alfiler, un infinitésimo trocillo de tejido, de materia biológica que, con cierto aburrimiento, los sabios escrutan al microscopio para descifrar de qué manera, en tan exiguo retazo, está escrita la partitura.

Pero desde mucho antes, y sin necesidad de microscopio ni de tinciones, el loco sabe que el canto del pájaro es inmenso y pesado, plomo puro que taladra huesos, que se mete en el sueño, que desfonda cualquier techo y no hay cemento ni viga que pueda sostener su hartura, su tamaño posible. Por eso algunos locos despiertan antes de que amanezca y se tapan los oídos con su propia voz, con voces que sudan de adentro, de la cabeza.

Los pensamientos del loco son carne viva, carne sin piel. En el desierto del pensamiento del loco el pájaro es un sol implacable. El canto cae como una luz y un calor que le picara al loco en la carne misma de la desnudez.

Pero la desnudez del loco es íntima: de tanto exhibirla queda dentro. Es condición interior, pasa desapercibida a las legiones de cuerdos cuya ánima está cubierta por completo de tela basta, gruesa, trenzada por hilos de la costumbre.

El único instrumento posible para el loco, para defender su desnudez, es el amor. El amor de los locos es una vestimenta transparente. Esos ojos vidriosos, ese hilo ambarino que orinan por las noches, ese fragor y ese sentimiento copioso y múltiple que no alteran las *benzodiazepinas*, que

no disminuye el Valium, permanecen intactos en el loco por arte del amor.

Es un martillo, y una cuchara, y un punzón. Es todo menos un vestido, no cubre sino que atraviesa, no mitiga sino que exalta. El amor de los locos tiene una textura, un porte y una sustancia. La sustancia se parece al vidrio, pero es el vidrio de una botella rota.

Ahora que existen varias tendencias en la poesía actual en Hispanoamérica, tal vez las más conocidas son la poesía de la experiencia, con su línea más tradicional, más clásica y otra poesía más “experimental”, barroca, excesiva; la poesía de Courtoisie es difícil de clasificar y ahí radica una de sus fortalezas. Digamos que su no-ubicación dentro de la poesía de hoy, la hace rara, imprescindible, diferente. A Courtoisie tampoco es que le interese ser clasificado ni mucho menos. Su poesía se mueve en otras aguas, en otras esferas. Su poesía es luminosa, es un constante quiebre del lenguaje, lo divide, lo parte, lo rompe con una facilidad pasmosa. Como lo dice Carlos Rull García: “Courtoisie presenta continuas imágenes sorprendidas y, en ocasiones, iconoclastas, que conducen a una ligera ruptura semántica. Es un uso renovado del lenguaje basado en la contradicción, el juego con el vocabulario al estilo de Cortázar, y una relativa estructura binaria en muchos de los textos”.

Quiero dar algunos vistazos a su último libro: *El lugar de los deseos* (Pre-Textos, España, 2013). Libro que recoge 28 poemas. En este libro encontramos al mejor Courtoisie, sus armas están a la luz del verso, rompen, destruyen, fascinan. Poemas en prosa de gran velocidad, cambia los sen-

tidos, modifica las estructuras, quiebra, oculta, enseña, respira, nos ahoga mientras el poema se crea en la mente del lector, fulgura, innova. Cito un fragmento del poema *Lenguas del deseo*:

En el idioma de Lesbos las mariposas se volvían taciturnas, opacas, indulgentes. Las mujeres hablaban por todos los labios. Los labios de las mujeres eran la mayor riqueza de Lesbos. Valían más que el oro, más que las gemas, más que los ojos de los hombres sabios.

Los hombres sabios eran ciegos. Las mujeres veían por los labios. La felicidad era húmeda. El tiempo eterno. El mar, insensato.

Courtoisie no teme meterse con todos los temas. Tiene una gran conexión con las ciencias formales, las matemáticas, incluso con la medicina. La naturaleza humana es expuesta en el ojo del huracán y es descifrada abiertamente. Hace doler a las palabras, darles otro ritmo, otro tiempo. Su permanente ojo crea y recrea la lingüística más pura, la semiótica, sus códigos, su lenguaje madre. Es una poesía digamos torrencial pero a su vez es muy cerebral, muy crítica, muy pausada. Entra y sale de filosofía y en la historia de la literatura con mucha facilidad. Rememora, encandila, superpone, manifiesta, deriva, veberdece, transforma, daña, incita, vuela, convence, atrae, duele. Cito un fragmento del poema *En la edad de piedra*:

Las mujeres son pensamientos de piedra, pensamientos firmes, sugerentes, pensamientos laxos que de pronto, a un golpe de mirada, tornan estatuas o endechas.

Mármol o pórfido, basalto o lava fresca, alba líquida, guijarros, cantos rodados.

Carne para la vista.

La poesía de Courtoisie hace estragos en el lector, lo nubla, le habla al oído, le daña la mente porque le quiebra la imagen. Es muy reflexiva, no es fácil (aunque pueda parecer fácil de entender), son tratados nuevos de la lengua, clasifica, irrumpe con una voracidad tremenda, oculta y enseña. Repito su constante es jugar con el lector y crear una imagen poética en su mente, para enseguida destruirla y darle una nueva, y otra y otra hasta el mismo delirio. Veamos otro ejemplo, un fragmento del poema *Las palabras*:

Osas idiotas.

Llenas de grasa sonora. Hibernan.

*Hembras de pura quietud, hembras solares, oscuras, llenas
De sustancia del idioma, de trozos de habla viva. Hocicos
umbríos,*

Húmedos. Vocales claras, consonantes pardas.

*Ballenas de tierra. Las palabras transpiran, nadan, suben
Y bajan.*

Como lo decía el gran poeta mexicano Octavio Paz: “En la obra de Courtoisie se destaca la gran precisión y a la vez una sorprendente libertad en el manejo del lenguaje”. Courtoisie sorprende con la plasticidad de su lenguaje, con el ritmo que pone, los saltos cualitativos, los giros que sorprenden. En el libro *El lugar de los deseos* hace un nuevo inventario con joyas preciosas como: *Lenguas del deseo*, *Las palabras*, *La edad de piedra*, *Mujer saliendo de la ducha*, *El deseo de un lugar*, etc. Para finalizar quiero decir lo siguiente: El poeta uruguayo Rafael Courtoisie es, sin duda, una de las voces más vitales e importantes de nuestra lengua. Su poesía nos reconforta, nos alivia, nos estremece. Nos enseña su mundo que es nuestro propio mundo. Un mundo siempre nuevo, distinto e inolvidable. Tenemos la obligación de descubrirlo.

El cuaderno de Kafka

*Amé a una mujer que también me amaba,
pero la tuve que abandonar.*

(Franz Kafka)

1

La habitación de K daba al jardín. Era un cuarto lleno de flores y de fotos familiares. Había algunas fotos de su familia, de escritores, de amigos, de algunas amigas, de su gran amor. K se despertaba muy temprano en la mañana, casi al alba, para mirar como el sol encendía las flores, los árboles, las plantas. De vez en cuando algún pájaro sobrevolaba el jardín dejando flotar en el aire su sombra, su esqueleto invisible. K se asomaba por la ventana y así se quedaba observando por horas el breve paisaje. Horas después sacaba su cuaderno y escribía algunas ideas, dibujaba y reflexionaba. K dejaba de escribir, soltaba el lápiz y se recostaba en su cama. Su mente divagaba, su mente volaba, su mente eran pájaros que volaban en círculo, su mente se quedaba en blanco. Dormía. Al rato se volvía a despertar y no sabía quién era él. Se olvidaba de su nombre, se olvida-

ba de su pasado, se olvidaba por qué estaba allí, si es que había realmente alguna razón por estar allí.

Se levantaba de la cama, daba algunos pasos y sacaba de un pequeño anaquel, un libro de Dostoyevski y se sentaba a leer. Dostoyevski era uno de sus escritores favoritos. Uno de esos escritores que al leerlo le traía calma. Calma que no duraba mucho pero mientras lo leía, sentía que volaba, que divagaba lejos ahí, lejos de todo el mundo. En esas páginas se sentía vivo, se sentía muerto. Se enfurecía y lanzaba el libro contra la pared. Lo miraba caer al piso, lo volvía a recoger y lo dejaba en el anaquel. Le daba miedo dañar sus únicas compañías. Sus únicos amigos fieles y verdaderos, después de la literatura no hay nada más pensaba.

Ay, K tú sabes que puedes volar todo el tiempo pero siempre hay que regresar. Siempre hay que volver a uno mismo, regresar a los huesos y a la carne que nos protege, a este cuerpo que no quieres como tuyo, pero que por ahora te pertenece.

Por qué tanto miedo de ser o no ser, de estar y no estar, el mundo es un breve paisaje, un breve instante, un breve recorrido por la tierra para volver a la tierra. Bien lo sabes, por qué tanto te quejas, si la vida no es nada.

Se quedó inmóvil como una concha frente al jardín y no pensó nada más. Se negaba a seguir pensando. Pensar de algún modo lo torturaba más. Lo enloquecía más. Lo enturbiaba más. Y así se quedó hasta que cerró los ojos y durmió un rato.

Generalmente sueña con cosas que después no recuerda. O tal vez sí, pero no quiere traerlas a su mente. Siente temor por lo que ve, que prefiere callar para no decir nada a nadie, así se siente más seguro de sí mismo, así prefiere algún día morir: en silencio.

Toc, toc, se escuchaba que alguien golpeaba la puerta. No abría los ojos. Toc, toc, seguían tocando la puerta, hasta que alguien abrió la chapa y entró. Era una enfermera que traía el almuerzo. Seguía dormitando en su silla, apenas respiraba. La enfermera dejó la comida y se marchó por donde entró. Seguía durmiendo. En el sueño se veía transitando una estrecha avenida de Praga. Por el otro lado de la avenida venía caminando su padre.

Al verlo bajar por la calle, se arrimó a un árbol y se agachó para que él no lo viera. Su padre siguió de largo. K estaba agachado junto al árbol. Él sentía admiración y odio a su padre, por diferentes secuelas y heridas producidas en su infancia.

Él era el culpable de sus inseguridades y de sus miedos. El padre, el primer hombre que admiró en su vida y el primer enemigo feroz. El primer hombre digno de ser ahorcado por sus manos. Después de ese extraño sueño escribió algunas ideas en su cuaderno. Constantemente soñaba con su padre.

Él era parte vital de sus sueños o pesadillas. Aunque con el paso del tiempo, su imagen se iba diluyendo extrañamente entre sus escasos recuerdos de infancia. Mataba el tiempo leyendo y escribiendo. A veces salía al jardín del

sanatorio para despejar la mente recargada de literatura o de fantasmas.

Es que la literatura, según sus propias palabras, lo tenía tomado por completo, desde la raíz hasta los huesos, pero de algún modo la literatura lo liberaba y lo seguía atando a la vida. La idea del suicidio se esfumaba cuando escribía. Escribiendo mataba a sus delirios y alejaba a la muerte. Sólo vivía para y por la literatura. Los libros eran su compañía, su pasatiempo, su escape y fuga. Leer era un acto de magia, de esoterismo, de conjurar lo oscuro y tenebroso que había en su corazón.

Para K escribir era un no estar en el mundo o a veces era un estar pero en un centro mismo del mundo, alejado de Praga, de sus amigos, de su gran amor, de su padre. Escribiendo, la rutina se hacía más llevadera, más real, más humana. Escribir para nadie. Escribir para sus tormentos. Escribir para saciar el hambre, el sueño y la vida. Para calmar a su otro yo, sus miedos, sus debilidades, sus ataques de ira contra un mundo que era ingobernable o que no lo satisfacía en lo más mínimo.

La literatura era lo único cierto, lo único verdadero en mundo lleno de mentiras, de falsedades y de hipocresías. La doble moral humana, la envidia, el egoísmo, la vanidad eran pequeños males que lo consumían de a poco.

Comía poco, tomaba poca agua, dormía poco, escribía bastante, leía más. Sus lecturas iban desde las corrientes clásicas de Goethe y Schiller, la literatura rusa, personificada en Gogol, Dostoyeski y Tolstoi, la francesa, en Flaubert y

Stendhal. Autores nórdicos como Ibsen, Strindberg o Ham-sun, leía a autores contemporáneos como Max Brod, Arthur Schnitzler y Franz Werfel hasta llegar a clásicos como Cervantes, Shakespeare o Dante.

2

K escribió algo así como su propia biografía:

Nací el 3 de julio de 1883 en Praga. Asistí a la escuela pública del casco antiguo hasta el cuarto grado y luego asistí al instituto público alemán también del casco antiguo. Con dieciocho años comencé mis estudios en la Universidad alemana Karl Ferdinand de Praga. Después de aprobar el último examen de Estado, trabajé a partir del 1 de abril de 1906 como ayudante del abogado Dr. Richard Lowy, en el casco antiguo. En junio aprobé el Rigorosum y el mismo mes obtuve el grado de Doctor en Derecho. Entré en el bufete, tal y como acordé con el señor abogado, sólo para aprovechar el tiempo, ya que desde un principio había renunciado a seguir la carrera de abogacía. El 1 de octubre de 1906 entré en el gabinete jurídico y permanecí hasta el 1 de octubre de 1907...

Hasta ahí parece que llegó la buena memoria de K, no escribió más sobre su vida ni sobre lo que pasó después.

Entre los sueños más recurrentes se hallaba su natal Praga, las calles de Praga. En toda su magnitud, su belleza y oscuridad. Se veía a sí mismo caminando por las calles. Sentado en los parques de su infancia, en su colegio, en su casa natal cuando todavía su familia era un sólo puño y no habían crecido los abismos entre su padre y él.

Dijo alguna vez: “Hoy es, además, el primer día en que siento la ciudad”. La ciudad inventada. La ciudad vertical que lo poblaba por dentro. La sangre. Las casas que podía esconder en la palma de la mano. La lluvia torrencial. La nieve. El invierno. Los niños que reían como pequeños pájaros desde los árboles de su imaginación.

Para él Praga, su ciudad natal, era un castillo mágico, un lugar de escondite, un pasadizo a otras esferas, un recorrido en el tiempo del mundo, un espacio vacío, un enigma que su mente imaginaba como si fuera un gran rombo.

El recuerdo o el fantasma de K seguía navegando por esas legendarias calles de Praga. La ciudad que lo vio nacer, ¿la ciudad que lo verá morir?, K sigue escribiendo sobre su ciudad natal como si al escribir la tuviera intacta en su memoria. Como si las palabras pudieran elevarla hasta el cielo y embellecerla de flores y de nubes. K sueña con Praga, la recuerda como si fuera un niño que tal vez recuerda su primer juguete navideño.

Praga es el lugar de su infancia pero es la ciudad que lo vio crecer y formarse como profesional y como hombre. Praga es la ciudad de los espejos y de los caminos inconclusos. Es la ciudad que le clavó un puñal por la espalda.

Que mató su infancia y lo arrojó a una vida extraña, llena de resentimientos. Praga es la ciudad imposible, es el paraíso y es lo más parecido al infierno terrenal.

Sabe que esa ciudad lo ama, pero lo desprecia. Sabe que en esa ciudad puede ser muy feliz o ser un perfecto desgraciado. Sabe que con Praga no se juega. Sabe que Praga es una ciudad para aventureros, para magos, para videntes, para hombres que sepan jugarse la piel y el lomo. Algo que al parecer no te convence. K no demuestres miedo porque si temes serás presa fácil de los asesinos, de los locos, de los derrochadores y de los hombres del mal que abundan en esas calles frías y oscuras. Praga es para hombres guerreros, de corazones duros, algo que tienes de sobra K, pero que a veces te cuesta reconocerlo, ¿verdad?

Sabe que Praga es una ciudad hermosa pero conflictiva, compleja y única. Sabe que Praga lo espera con todas sus miserias y bondades. Que Praga es invencible y que es la ciudad de los dioses. No sabe con certeza cuántos días, semanas o años tiene que estar en el sanatorio. No tiene certeza de la gravedad de su vida o si su vida corre peligro. Recibe de vez en cuando cartas de amigos, de su gran amor o de su familia que le hablan de los problemas de la vida en Praga. Sabe que su realidad, por ahora, es vivir en ese lugar con vista al jardín. Desconoce si volverá a Praga algún día. Y como para exorcizar la imagen que tiene de Praga, sigue escribiendo sobre su ciudad natal.

3

La relación de K con el bien y el mal es profunda, es enigmática, es frontal. Tiene también muchos cuestionamientos y dudas sobre Dios y el Demonio. Por ejemplo, *K* escribió: *K mira al jardín. Piensa en su pasado y en el presente que se escapa por sus manos. No sabe qué más esperar o qué vendrá para su suerte. K piensa y vuelve a reflexionar sobre este tema fundamental para la humanidad, pero que en sus propias palabras pareciera que las oscuridades van tomando luz y se va recreando el lenguaje de lo incierto. K sigue cuestionándose. Lee algunos artículos y fragmentos religiosos. No lo convencen, para nada. Se sienta en uno de las sillas de su pieza y escribe.*

4

La libertad es un tema crucial en toda la literatura de K. Se podría decir que en todas las novelas y relatos de K siempre se está confrontando este tema. Constantemente en días terroríficos o calmos dentro de su pieza reflexiona. Era un gran defensor de la libertad visto desde los puntos de vista. Desde lo familiar, lo íntimo hasta lo social y políti-

co. Su relación con su padre, sus labores diarias, el trabajo; fueron creando en él una lucha férrea por la libertad como muy pocas veces se ha visto.

5

Uno de los temas que más atormentaban a K era el tema del amor. El matrimonio. El compromiso familiar. Estamos seguros que como esposo no hubiera cumplido un mal rol, pero aun así las inseguridades y los miedos de infancia afloraban en los momentos menos esperados. Finalmente había decidido casarse con su gran amor. Pero la reciente enfermedad que lo aquejaba de a poco, lo hacía dudar a él, a ella y sobre todo a la familia de ella.

Seguía despertándose muy temprano por la mañana, salía a caminar por el jardín, veía los pájaros que se perdían entre las nubes, las flores, los árboles y pensaba sobre su gran amor. Ay, por qué tanto sufrimiento y desdicha, claro que mereces ser feliz, tú lo sabes, mereces ser feliz encima de todas las cosas. El pasado es el pasado; el amor, el matrimonio, la felicidad deben ser parte de tu presente y futuro. No te niegues a ser feliz, aunque sea una vez en la vida.

Pensaba y se recriminaba a sí mismo. Siempre la misma rutina y el mismo cuchillo que se clavaba en su corazón. El miedo lo consumía, las enfermedades imaginarias y reales lo consumían, pensar en ella era su tabla de salvación, aunque a veces lo negara.

Para K el amor no era un asunto más de su vida cotidiana, todo lo contrario, para él era un asunto muy serio y complejo. Como para todos, pero para K el asunto era de una importancia vital y significativa.

Sentía y pensaba que había alejado al amor, o lo que es peor, que había decepcionado al amor. Que con su alejamiento físico y espiritual, algo se había roto entre él y su gran amor. Era verdad que habían hablado de casarse e irse a vivir juntos a una casa a las afuera de Praga.

Ella lo había aceptado tal como era, con sus problemas emocionales, sus inseguridades, su repentina enfermedad y con sus problemas económicos.

Aunque esto no era una gran impedimento para ellos. Ella trabaja con su padre, le ayudaba en asuntos de contabilidad y de pagos. De algún modo era la mano derecha de su padre. Para K las cosas iban mejorando en lo laboral, ya trabajaba para un reconocido abogado y los asuntos laborales iban mejorando poco a poco, a pesar de las crisis económicas que azotaban a Europa y las guerras que traían daños económicos. A pesar de todo esto, seguía pensando que le había fallado a su gran amor. Era claro que K tenía muchas dudas, problemas, complejos, miedos que no los

sacaba a la luz, se los guardaba como si él fuera un gran cofre de secretos.

Es obvio que tengas miedo, sobre todo por todo lo que has vivido en el pasado, junto a tu familia, los problemas maritales de tus padres, tus inseguridades, el odio que le tienes a tu padre, el cariño de tu madre y de tu hermana, pero aún así sabes que puedes superarlo, no es tan difícil, aunque esto suene fácil de decirlo.

Cuando pensaba en el amor, se encerraba a sí mismo como si fuera una especie de tortuga o animal raro, que se contrae para adentro. Cuando estaba con tantos problemas en su cabeza, dejaba de comer, de beber agua, y los problemas estomacales no se hacían esperar: la gastritis y la úlcera lo acechaban cada día más. Tomaba pastillas para calmar el ansia y la intranquilidad.

Por esos días escribía mucho. Anotaba ideas, escribía cuentos, escribía algunos poemas inconclusos, cartas a sus amigos, a su familia.

Hablaba con otros pacientes del sanatorio. Se mostraba aterrado y nervioso. Las enfermeras lo cuidaban y le daban más pastillas para que pudiera relajarse y dormir. La idea del suicidio se aparecía de repente en su vida, como si fuera un pequeño fantasma que lo atravesaba y lo alteraba.

Entre sus inseguridades y miedos, había decidido que quería casarse. Que daría finalmente el primer paso para hallar la felicidad. Que a pesar de lo que digan o piensen de él, quería casarse con su gran amor y ojalá tener un hijo.

Todos sabemos que este sueño o deseo no pudo darse ya que su enfermedad fue empeorando y los padres de ella, le prohibieron que se casara con K. Que sería una locura casarse con alguien tan inestable y enfermo. Ella insistió pero la fuerza y la voz de sus padres se impusieron. No pudo hacer nada para cambiar esta decisión del padre de su gran amor. A pesar de todas las cartas que le escribió, asegurando que se mejoraría y que él guardaba para ella, un gran y perfecto amor. El padre no cedió ante sus peticiones y ellos nunca se pudieron casar.

6

Mi nombre en hebreo es Amschel escribió alguna vez. A pesar de cualquier situación íntima o familiar, nunca dejó de reconocerse como un judío más. Se podría afirmar que la experiencia y conciencia de ser judío marcó profundamente a K como ser humano y escritor. Siempre reflexionaba sobre ser judío en el mundo y sobre todo en la época que le tocó vivir.

7

Cada día que pasaba era un día más perdido. Un día encerrado en la cárcel de las palabras y de las interminables preguntas sin resolver sobre su vida. Su único refugio era el lenguaje. Se sentaba y escribía por horas y horas.

No le importaba el cansancio, su nueva enfermedad, el sueño, el hambre, la sed; para él escribir era más que una necesidad. Su razón de estar en el mundo. Era lo mejor que sabía hacer, aunque él no lo viera así. No le interesaba publicar ni darle sus escritos a críticos para que lo alaben o lo destruyan.

Se siente cada día más solo. Apenas recibe noticias del mundo de allá afuera. Praga se ve lejana desde su ventana con vista al jardín. Extraña a su gran amor, a ese amor que no pudo ser, que no se afianzó en la empresa del matrimonio. Su padre quebró su destino: ser marido y mujer y ser muy felices. Se refugia en sus libros. Vuelve a sumergirse en la literatura de Dostoyevski, en la poesía de Hölderlin, en la prosa de Cervantes. K lee a Goethe, Mogol y los diarios de Flaubert, que de algún modo, lo transportan a su propio diario, su propio cuaderno que es testigo de los sufrimientos más íntimos.

Se sintió identificado con varias partes del diario de Flaubert. Sentía que lo que leía no era de Flaubert sino de él mismo. Se identifica con los puntos de vistas, las ideas, las frases, la sintaxis del escritor francés.

Seguía escribiendo y leyendo mucho. Estaba entusiasmado con la idea de escribir nuevos cuentos y alguna novela. Tenía miles de ideas que revoloteaban como pequeños pájaros en su cabeza. Ante la ausencia de amigos reales, ante la ausencia del calor familiar, ante la ausencia del amor, la literatura se mostraba como una gran madre dispuesta a cobijarlo en su seno.

Así K evidenciaba cada vez más su amor hacia la literatura y su búsqueda de espacio vital. Quería todo el tiempo para leer y escribir. Así mataba el tiempo y sobre todo alejaba a los fantasmas que lo aquejaban. En sus tiempos libres le escribía cartas a su amigo Max Brod, a su gran amor, a su madre. En sus cartas contaba cómo era su vida cotidiana cada día en el sanatorio.

Se despertaba temprano en la mañana, tomaba un ligero desayuno (la comida nunca fue uno de sus intereses), leía el periódico o encendía la radio, para escuchar algo de música clásica. Después salía de su habitación y caminaba un rato por el jardín. Hablaba con otras personas del sanatorio (nunca hablaba de literatura, era una ley que tenía para sí mismo, ya que salir de su habitación era como un breve descanso del agitado mundo de la literatura), por eso intentaba hablar de lo que sea, menos de literatura.

Con las demás personas del sanatorio hablaba sobre su infancia, sobre deportes, música clásica, política y hasta de su gran amor. Cuando hablaba del amor, sus ojos rápidamente se nublaban y era como si de repente alguien traspasara la línea de lo normal y lo aceptable e intentara

profundizar sobre un tema que para él era muy delicado y tormentoso, aunque no lo demostrara fácilmente.

Así que cuando alguien intentaba cruzar esa línea imaginaria, lo paraba de raya y cambiaba bruscamente el tema. Sólo se permitía hablar lo que se podía hablar, digamos, sin comprometerse realmente con el diálogo y con la conversación del otro. Se olvidaba del otro y se centraba en él y se olvidaba del mundo.

Por esos días comenzó a sufrir de insomnio o de sueños raros, indefinidos que de algún modo lo perturbaban y lo hacían perder el camino. Sucesivamente los sueños lo desvelan, lo transportan a otros lugares, a otros miedos. La enfermedad que padecía cada vez se hacía más notoria en su vida. Pasaba tosiendo, a ratos escupía sangre. Por primera vez tuvo miedo a la muerte. Siempre la había sentido cerca pero ahora la sentía alado suyo como esperando algo, ¿su pronta despedida?

Ay, siempre el mismo temor y miedo a las cosas extrañas. Es normal que sientas duda y curiosidad por lo diferente, pero no te aísles, ya estás lo suficientemente aislado en este sanatorio para seguir huyendo de ti mismo.

Sentía que su vida estaba llegando a su fin. ¿O tal vez estaba empezando, pero de una forma distinta para el resto de los seres humanos?

8

Cuando K era muy joven la idea de la muerte lo horrorizaba. Con el pasar de los años, esta idea fue siendo más naturalizada, más clasificada, más reflexionada por el escritor. K pasaba mucho tiempo pensando e profundizando la idea del viaje final. Pensaba mucho y hasta llegaba a afirmar que huésped en la casa de los muertos. K a veces deliraba, la fiebre lo consumía, la enfermedad que lo aquejaba se hacía a veces insufrible.

Escribió: *Fui huésped en la casa de los muertos*. Seguía interrumpidamente escribiendo a diario en su cuaderno. No lo dejaba ni al sol ni a sombra. Su cuaderno se había transformado para él en casi en una extensión de su cuerpo. Más importante que un pie o una mano.

Deliraba, escribía, comía poco, bebía poca agua, dormía poco. Se daba tiempo para escribir cartas a su amigo Max Brod, a su gran amor, a su familia. La imagen de su padre de repente aparecía en sus sueños y no lo dejaba en paz. Deliraba de angustia y de fiebre. Sentía que la vida se la iba por las manos y escribir era una forma de retenerla, de restarle importancia, de robarle minutos extras.

En sus sueños y en la realidad ve a la muerte, conversa con ella, se pelea con ella. Ve a la muerte como ser pacífico que viene a dialogar en paz, a ratos como un espacio vacío, a veces viene con el rostro de su padre. Escribe algunos cuentos, algunos poemas que sigue dejando inconcluso,

cartas, notas, reflexiones, novelas breves. Ve sus escritos y a ratos no los reconoce.

Para K es como si otro escritor los hubiese escrito. No se reconoce en esos pasajes de su literatura. El lenguaje se le vuelve una trampa. Una fuga sin fuga. Una bomba de tiempo.

Siente miedo de la muerte que lo visita, que le habla, que lo atormenta. Sabe en el fondo de su ser que le queda poco tiempo, porque sabe que su cuerpo no aguantará por muchos meses o años la enfermedad que lo aquejaba. Escribir le ha ayudado a mantenerse en pie, pero no lo será por mucho tiempo. No ha disfrutado de una carrera literaria como la que alguna vez pensó, tal vez porque no estaba escrito en su futuro o porque no la buscó, eso es algo que sólo él lo sabe.

De algún modo, se preparaba para lo inevitable. Su vida era las pastillas, el insomnio, el miedo a la muerte, la soledad, su literatura, el vacío de la vida que se abría como una boca con dientes dispuesto a devorarlo.

Pensó en suicidarse, se veía como un animal dentro de una jaula. Estaba muy angustiado, desesperado. Aunque muy bien sabe que el suicidio no era la última solución, después de todo, pensó, igual la muerte estaba cerca, era inútil apurar las cosas. Todo debe suceder en el momento preciso. No se aferra a la vida pero tampoco se aferra a la muerte. Sigue imaginándose cómo sería su vida si estuviera sano y con su gran amor. Tal vez a estas alturas ya tuviera

un par de hijos, tal vez no, pero seguramente su suerte sería otra.

Sabe que con él muere su literatura y que tal vez no haya nada más del otro lado del muro. Sabe que su tiempo se agota, se debilita, se esfuma. Su tiempo se sigue escurriendo por sus manos.

El 3 de junio del año 1924, la salud de K empeora notablemente. Las enfermeras y los doctores lo vinieron a auxiliar, hicieron hasta lo imposible pero el corazón de K no siguió latiendo. Fue enterrado el día siguiente en el cementerio judío de Praga.

Pero antes de morir escribió en su cuaderno: "Estoy condenado, y no sólo estoy condenado hasta el final, sino que también estoy condenado a defenderme hasta el final".

La muerte en Facebook

La vida y la muerte son una misma cara de la moneda en el Facebook. Tu creas gratuitamente tu cuenta (ahí dice que siempre lo será) y pones tu foto tipo carnet, tus datos personales, tus fotos familiares, de amigos, de trabajo y poco a poco empiezas a recibir invitaciones de conocidos y extraños.

Ellos le ponen *like* a lo que les gusta y *no like* a lo que no les gusta (aunque esto no existe todavía en el Facebook). Buscas a amigos de ahora y amigos del pasado. Te sumerges en recuerdos de infancia, escolares, de juventud. Te reencuentras con amigos del pasado que nunca más viste y que seguramente no volverás a ver. Los ves en Facebook como si los vieras desde el espacio: casados, con hijos, con esposas o divorciados, separados o ponen el patético en una “relación complicada”. Pero para mí lo más llamativo son dos momentos claves:

El primero es cuando un amigo, conocido o extraño cumple años y recibe centenares de mensajes felicitándolo y deseándole más años (pero le quedan menos años de vida). El segundo es cuando un amigo, conocido o extraño muere en Facebook, la cantidad de mensajes es igual o mayor que cuando cumple años pero ahora recibe mensajes

de paz, bendiciones, rezos, flores blancas cibernéticas y lo mucho que lo extrañarán.

Pasan las semanas, los meses y los años y cada cierto tiempo recibirán mensajes recordándolos, bendiciones, mensajes tontos o memorables. El hombre muere en la vida real pero en el Facebook, por desgracia, su vida es eterna.

Glory Box

Glory Box de Mónica González Velázquez (Ciudad de México, 1973) es un poemario muy breve que se sustenta en varias voces poéticas que se cruzan y que nos anuncian diferentes discursos sobre nuestra condición humana. Voces que cuestionan el amor como acto de fe, la existencia como acto de resistencia, la vida humana. Hay una voz poética central que revisa y enumera, que pasa su mirada por breves pasajes de la soledad irremediable, que descubre y afirma lo precedero de la vida y nos da múltiples visiones como el poema *Descendimiento*:

Empuño la espada que me ayuda a combatir y desciendo. Voy por las calles como por ríos vertiginosos. Atisbo tu brazo en alto. Me has guiado hasta ti. Mi huella en el asfalto, calza su descendimiento. En el arroyo vehicular, naufragan las esquiras de mis alas rotas.

He venido a renacer un nuevo día. Ahora soy parte del vértigo, ese que todos los días te escupe en la cara: guerra, odio racial y cifras de dolor en la carne. Me duelen los pies de tanto correr. Me queda la voz para gritar fuerte, escúchame en tus sueños. Mis cantos por tu presencia, son de esperanza. Vine a ofrecerte ríos de luz, a encontrarme en el cristalino de tus ojos, a caminar tus rumbos.

Reconóceme, soy quien rapó sus crespos largos, aquel que habita por debajo de esta superficie fétida, donde tu

mirada no alcanza. Soy más que una mano percutida que se extiende a tu paso.

En la orfandad de la razón, he renunciado a paisajes inimaginables y al brillo del cielo raso. Sólo me queda la línea divisoria entre el cielo y un páramo de concreto en donde existe de todo: gente, coches, campanarios y el eterno vuelo de las palomas.

La voz poética principal va lentamente desentrañando un discurso que la proteja, que la afirme, que la sujete ante las adversidades, el dolor y lo banal. Va cuestionándose y va buscando el contacto con el placer pero de una manera liberadora como si el sexo, el amor, el alma y el cuerpo la protegieran de su armadura de carne y hueso. Leamos el poema *Buenos presagios*:

En forma de águila y con sigilo, llegaron los buenos presagios y se posaron sobre el tendedero, mientras una lavandera refregaba cuellos y calcetines, percutidos por la mugre y la cotidianidad necesaria en la superficie de las cosas; y luego revoloteaban extasiados por la luz parda de una pantalla china, allá donde se compran los remedios para casi todas las enfermedades que aquejan a la humanidad, en el callejón del Niño Perdido casi esquina con Eje Central; y más tarde, en la convalecencia de una súbita confusión de palabras, temblor de dedos, espalda arqueada y espuma escurriendo por las comisuras de unos labios blanquísimos sin nombre.

Y aunque parezca más difícil, en la máquina traga monedas y adentro de una burbuja transparente en un verso cuyas líneas sentencian: *Estoy aquí, soy tu suerte*. También estaban los buenos presagios. La voz poética principal sigue construyendo un extraño libro llamado Glory box. A la

par de esta mirada principal escudriñadora se suma varias voces que nos lleva al poema y nos dice en El inventario y la despedida:

I

Miro el horizonte, desciendo. Un cielo rojizo tapiza la ciudad; tantas veces odiada-amada-odiada, y anhelo fugaz de quien jamás la haya caminado. En la periferia de esta fauce que engulle, mastica y digiere sin distinción; en lo más alto de la vida horizontal, habitan mis pertenencias: un libro a medio leer (entre el sueño, el ocaso y los turnos de espera), una vasta colección de síncopas intermitentes (voces y sonidos metálicos que dan vida al atardecer), una cama (donde a ciertas horas, los milagros son posibles y los pactos de paz han sido firmados, no hay hambre, enfermedad y los niños no son el blanco de ataques extremistas, y el que camina lo hace con el espíritu), una almohada (donde reposa la furia de tantos días de activismo combativo y el eco del grito libertario desde la selva), sábanas blancas (donde los ángeles copulan), una mesa con cuatro plazas, un lirio en su centro y espacio para compartir las viandas y el corazón; quien también consta en el inventario junto con un par de piernas que lo transportan y unas manos que lo entibian, un par de ojos que lo miran latir a pesar del horror

y la sangre derramada –pero de eso estamos hechos principalmente: sangre, huesos, dolor– al lado del dolor habita la esperanza, un par de maletas, zapatos de viaje para la travesía y paisajes inimaginables en este sitio donde los caminos bifurcan.

II

Ahora que por fin te vas, déjame al lado de la carretera y con la boca por delante. Déjame con el bestiario que habita en mis sueños y mis hombres y mis mujeres y mi máquina de olvido y mi historia de familia y mis cuerdas en los zapatos y mis errores y mis pocos aciertos y mi voz cortando el aire, cuando ya nada es suficiente y sólo me consuela el Blues. Déjame con mis afiches: Goya, Tapies, Bacón, Modigliani. Déjame con los vértigos de Miller y Gil de Biedma severamente enfermo, reposando en la mesilla de noche. Déjame con Luis Urbina: *Llora y llora, con su amor como un pájaro loco, dando tumbos en la noche estrellada*. Déjame con ansias, el piso alfombrado, los labios, el corazón apretado; mordiscos en la cavidad de la boca y unos labios blanquísimos sin nombre.

Pero sobre todas las cosas, déjame con mi dosis de realidad y un vaso de agua en la mano.

Podría seguir pero de esta forma quisiera cerrar este breve viaje por la interesante poesía de *Glory box*. Poesía que nos llena y nos reconforta. Poesía para ser leída y releída. Este es uno de los poemarios de su autora, pero seguiremos atentos a sus siguientes pasos literarios/ poéticos. Nos enfrentamos a una autora que tiene bases, conocimientos y la fortaleza suficiente para seguir creciendo junto a su palabra poética. Seguiremos atento ese camino.

Llamadas telefónicas

A Gonzalo Rojas,

in memoriam

Poeta Gonzalo Rojas:

Te seguiré llamando por teléfono y seguiré escuchando tu voz, tu voz que viajaba desde el otro lado del teléfono por el alambre de la poesía, de esos poemas que hemos leído siempre como si vinieran de otro lado, de otro mundo.

Las palabras en ti tomaban otro ritmo, otra respiración, otro verbo, creabas nuevas palabras al hablar y al escribir dejabas rastros de luz, pero sobre todo nos decías algo del más allá, del cielo, de las nubes y de eso que está escrito en las estrellas.

Me quedo con las conversaciones y los diálogos del otro lado del teléfono, sé que seguirás hablando con tu única voz, a borbotones, a disparos, con la velocidad del lenguaje y de la rabia.

Tu teléfono sonará ocupado, ocupado, ocupado ¿estarás hablando con todos nuestros muertos? ¿Eres aire? ¿Estrella? ¿Fuego? Sé que respiraremos tu oxígeno.

Antropología pop (Para árboles epilépticos)

Hace muchos años atrás conocí al poeta Luis Alberto Bravo (Milagro, 1979) en una lectura poética en un café de Guayaquil. Recuerdo que se me acercó con algunos poemas y me dijo que lo leyera. Lo leí. Me parecieron textos diferentes, diversos, auténticos. Poco después se sumó como uno más de los integrantes del grupo cultural Buseta de papel. Ya han pasado muchos años desde ese primer encuentro y ahora me encuentro leyendo y releendo su primer poemario *Antropología pop (Para árboles epilépticos)*, que ganó una Mención de Honor en el VI Concurso Nacional de Poesía “César Dávila Andrade” y que se publicó con el auspicio de la Universidad de Cuenca y el Encuentro de Literatura Ecuatoriana “Alfonso Carrasco Vintimilla” en el año 2010. Para empezar leamos un pequeño poema de una rara belleza como es *Cajita de música*:

*Las niñas
juegan con las muñecas,
y por ello sus padres ríen.
Las niñas
les inventan novios a sus muñecas,
y por ello sus padres callan.
Las niñas*

*quisieran parir muñecas,
y por ello sus padres las abandonan.*

Uno de los grandes aciertos y fortalezas del poeta Bravo es que él no viene del mundo académico o de las universidades; su llegada a la poesía se da a través de la pintura, de la música, del arte y sobre todo del cine. Su poesía se nutre de muchos mundos simbólicos que van desde las películas clásicas, la música retro, la pintura surrealista o dadaísta y del cómic. Antropología pop (Para árboles epilépticos) es un homenaje a Warhol, pero sobre todo hay una gran cantidad de guiños y referencias cinematográficas, no por nada hay poemas dedicados a Sofía Coppola (el libro entero está dedicado a Coppola), leamos por ejemplo el poema *Carta & Poema (remix) para Natalie Portman*:

*Y tú estabas ahí para recordarme
que yo iba a cerrar tus ojos...
De tu martes a mi día martes...
Y que viajes tú, y yo te siga por los dos...*

*Si algún día;
Para si algún día...
Pueda la Century Fox mostrar lo más rosado de tu carne,
y que el albacea de Minghella cuelgue en la red,
los extractos de Frío en la montaña.*

Porque tu imagen ha hecho raíces en el pensamiento;

Porque pensar en ti lo arregla todo y se convierte en la mejor parte.

¡Ven!

Tu cara de desierto es la fuente del aire que marea:

Un punto entre el sonido y la línea férrea.

Can't take my eyes of the you

Porque yo vomitaba

cuando tú me arruinabas.

Can't take my eyes of the you

Can't take my eyes of the you

Can't take my eyes of the you

Porque yo vomitaba

cuando tú me arruinabas.

Can't take my eyes of the you

Can't take my eyes of the you

Oh Mathilda

Can't take my eyes of the you

Oh Mathilda

Can't take my eyes of the you

Can't take my eyes of the you

Y tú estabas ahiiiiiii...

Can't take my eyes of the you

Can't take my eyes of the you

Y tú estabas ahiiiiiii...

Can't take my eyes of the you

Y tú estabas ahiiiiiii...

Can't take my eyes of the you
Y tú estabas ahiiiiiii...
Can't take my eyes of the you
Y tú estabas ahiiiiiii...
Can't take my eyes of the you
Y tú estabas ahiiiiiii...
Can't take my eyes of the you
Y tú estabas ahiiiiiii...
Can't take my eyes of the you
Can't take my eyes of the yee
Can't take my eyes of de ye-ye
Can't- take- mai- aais- of- de- ye
ken teik
mai aaais
of de yee
ken teik mai aaaaaaaai of de yeeeeeeee

El poeta Bravo se introduce con facilidad y enorme acierto en varios mundos, su poesía se desliza como si tuviera alas y no teme desafiar los límites literarios. Hay poemas muy variados de largo aliento como Holden Caulfield, Telegramas para los otros bosques, Cuando separes, Pequeños trenes o El tesoro de los pájaros. Leamos el hermoso poema *Una chica golpeada en la piscina*:

Su lengua ahora es más larga
y hay rastros de pasta dentífrica.
Ahora ella cierra los ojos donde lloraba.

*Ahora las hojas vuelan para todos lados,
y vuelven a caer...
cerca de aquí...*

(Donde estaba la chica golpeada y muerta en la piscina).

*La sacaron del agua
como quien saca a un pequeño esqueleto,
como quien carga una madera pintada...
O como quien mide al primer amor.*

*Y mientras le espiaban las nalgas...
—“Pero, ¿las nalgas de quién?”
—“Pues, de ella...
de la chica golpeada y muerta en la piscina”—
,,, alguien le sacó unas fotos;
Y por ello,
ahora podemos decir cuando nos preguntan
por la chica golpeada y muerta en la piscina:
“Ella estaba ahí...
Y nosotros acá...
Y los tipos de las fotos más allá”.*

*En las cercas pintadas
los vecinos murmuran & enrabetados
exclaman: “Si bien, era una mala chica,
no merecía morir en una piscina”.
—“Pero, ¿ha muerto quién...? ¿Quién ha muerto, quién?”
—“Pues ella...”*

La chica golpeada y muerta en la piscina”—.

*“Yo le solía traer cervezas,
y cuando me daba propinas
ella solía decir:
«Sólo un ángel como yo
dejaría caer sobre ti
un pedazo de manzana...
—Como quien deja caer sobre una isla—
y verdaderamente lo soy»
(...) (glup)
Aún así, no tenía que morir en una piscina”.*

*“La mujer de allá,
nos ha dicho que a veces solía verla llorar en el patio,
y luego saltar las cercas pintadas,
sólo para arrancar —con un instrumento del bosque—
todas las manzanas fuertes”.*

*...Desde aquel día
vengo a esta casa de martes a jueves...
Y siempre, siempre
un pequeño ojo del atardecer
perfora las nubes (y luego llueve).
Y entonces... ella abre sus alas, se eleva (y llueve) y abre
sus alas
(como si evocara la luz de un perro sobre una nube
podrida).
—“Pero, ¿quién? ¿Me hablas de quién?”
—“Pues, de ella...”*

De la chica golpeada y muerta en la piscina”—.

Después de leer *Antropología pop (Para árboles epilépticos)* puedo afirmar que es un libro valioso, renovador e interesante. Un libro que abre nuevos caminos a la nueva poesía ecuatoriana. Un libro indispensable. Un libro que contiene muchos libros. Su poesía recrea y navega por la poesía de Huidobro, Kerouac, Eluard, Breton, Trakl, Bukowski, Parra, Westphalen, pero sobre todo en la poética del chileno Jorge Teillier. Este poemario estoy seguro que no pasará desapercibido. Mi consejo: lean la poesía de Luis Alberto Bravo, se sorprenderán.

Con plexo de culpa de Dina Bellrham

Cada vez es más visible en el mapa literario y poético del Ecuador, la presencia de los jóvenes poetas del país que están escribiendo mucho y que lo están haciendo bien. Es difícil dar algún pronóstico definitivo en este tema, ya que la obra de los jóvenes poetas está en permanente proceso de construcción. Pero destaco sobre todo a las mujeres que están imponiendo con talento y fuerza un nuevo ritmo y voz dentro de la reciente poesía ecuatoriana como es el caso de la manabita Siomara España, la cuencana María de los Ángeles Martínez, las quiteña Rocío Soria o la guayaquileña recientemente fallecida Carolina Patiño; y a este grupo se suma la voz torrencial de la poeta de Milagro-Naranjito Dina Bellrham. He sido testigo presencial de la evolución y del nacimiento de este *Con plexo de culpa* de la poeta, amiga e integrante del grupo cultural Buseta de papel: Dina Bellrham. Y desde que he podido leer y escuchar en los últimos meses sus poemas, sé que estamos con una poesía muy singular, distinta, que se abre a otros caminos de lo que generalmente escriben los jóvenes poetas del Ecuador. La poesía de Bellrham es un mapa de múltiples significantes y significados que se lee de forma diversa y caótica. Tiene un ritmo cortado, a pulso acelerado, asfixiante que constantemente va guiándonos a lugares tortuosos donde el lector

es puesto en una especie de quirófano o paredón donde las palabras, la medicina, la locura, los sueños-pesadillas, el dolor toman nuevas dimensiones y el lenguaje gana una suma infinita de somníferos y de discursos internos que no tienen sosiego. Cito como ejemplo algunos versos de *Necrofilia*:

*La boca ha muerto:
¿a qué te sabe mi lengua formolizada?
aún serpenteante
vaporizando espermas
cobijando vástagos mitóticos...
sus papilas insomnes...
¿a qué te saben estos dientes cianúricos?
y su calco de juguete-de-niño...*

O algunos versos del poema *Delirio*:

*Estoy a punto de fugar
este simposio noctámbulo
he ataviado de telarañas
estas vénulas famélicas
No soy parte del trapecio de átomos
amo al hombre que fue mío
su velo de besos muertos
yo también estoy en la profundidad
donde gorgotean nuestras manos entrenzadas*

*como grillos emanando ecos atróficos
como velas tapizando un sueño de plegarias.*

Hay que destacar que el libro empieza con un poema rotundo que funciona como una especie de advertencia y de futura alerta, para que el lector que está en estado normal-silencioso, se cuide o cierre el libro. Dice así este poema sin título: *Yo soy la culpa/ la tráquea violada por ofidios/ El insomnio de los padres a la diestra/los destruyo/ como la rama de los fetos/pendulazos en el lago/Perplejo quedas, Dios/ al verme tan distante/ de tu vientre.*

El libro *Con plexo de culpa* está dividido en tres partes. La primera se denomina *Abrirse una ventana es como abrirse una vena*, es un verso de Boris Pasternak. En esta primera parte del libro la poeta nos sumerge en una especie de hipnosis y nos recrimina a varios niveles que va desde nuestra mirada que tenemos del mundo, la imaginación, pasando por los límites entre cordura y locura, la mente, hasta nuestra limitada condición humana. El poema *Manifiesto* nos da algunas pautas para entender de forma más cercana a esta voz poética que dispara pájaros, que tiene dolor de hormiga y final de rinoceronte:

*Ahora sé que paro mecánicamente
y pernocto garabatos en azoteas
me había su hedor a naipes usados
-abrir las piernas y dejar que entre-
escribo cositas arregladas con pegamento*

*panfletos re-calentados /circulares
vomito su arrogancia de hiena
Perros con sarna de prostíbulos.
Insignificante es la palabra
asfixiada entre corbatas
se me ha vuelto Light el verbo
se me atrofió el instinto.
para olfatear lunares
decaigo
Desatomizo huertos
me desempleo del orbe
escribo para rellenar el plato
(me las como en sánduches)
¡palabras!
las he almidonado tanto
que prefieren andar desnudas.
Te he colmado de nervios
en meretriz de líneas egocéntricas
¡te me has hecho mujer tan pronto!
Te prefiero afásica
enlutada
enajenada
en mi ictus noctámbulo
en mi plumón atestado
de alfileres
y hoy me revientas los tímpanos
mientras te crecen lobos en las venas.*

Si seguimos leyendo los poemas de esta parte del libro, les aseguro que se encontrarán con bellos hallazgos y poemas que deslumbran por su fuerza como *Autofagia*, *Arañas bipolares*, *EPOC*, *Póstumo*, por dar algunos ejemplos. La segunda sección del libro lleva como título, un verso de la propia poeta Dina Bellrham que nos dice: *He sembrado demasiadas rodillas en las lágrimas*. En esta sección del libro la autora nos ofrece cinco poemas en prosa poética con un trabajo poético que intensifica su discurso y nos exige a los lectores varias y múltiples lecturas porque simplemente hay versos o líneas que deslumbran, cito el poema *Ahhedomia*:

Hasta en los sismos en las piernas han mutado a esfinges. Hemos huido de la catástrofe de las encías. Nos mudaremos de falanges y ventanas, con el miedo bajo el brazo cual portafolio de oficina.

El parque se torna lluvioso, quebradizo. No basta crujir nuestros dientes de columpio, ni bostezar resbaladeras si nos sobran extremidades y saliva. El suelo se ha vuelto puta en los zapatos.

Y yo pretendo seguir de raíz en los cordeles, ahora que hay suburbios en un racimo de ósculos.

La tercera parte del libro lleva como título un verso de Efraín Huerta que dice: *En cuestiones de amor (o como se llame) siempre he sido un tanto prematuro*. En esta sección del libro encontramos poemas más íntimos y personales. Giran en torno al amor, a la familia y a la muerte. Cito el poema *Lisis*:

*Quisiera que sientas
el dolor en las ramas,
el hambre del tren a su paso,
el grito de la niña
cuando viola sus muñecas.
Abrir las piernas
es tan siniestro
como crear bocas en mis manos.
Es lastimero esto de esperarte
D i s p e r s a
para dormir enredada en los árboles.
A veces soy el florero de todas las salas
alojando dientes en tus costillas.
Qué bueno es esto
de abandonar los ojos en el baño.*

Podría seguir leyendo y leyendo algunos poemas más de esta autora, pero prefiero sumarme a las palabras de la poeta Sonia Manzano que en el prólogo de este libro nos dice: “Con plexo de culpa se constituye en una de las muestras más válidas de la joven poesía ecuatoriana y, ya centrándonos en el género al que pertenece su autora, uno de los discursos más bulirantes dentro de la lírica escrita por mujeres ecuatoriana, por su reciedumbre amarga, funcionalmente literaria”.

Concuerdo con las palabras de la poeta Manzano. Y diría que la poesía de Dina Bellrham desestabiliza, quiebra por dentro, va a la mente, a las imágenes cosechadas que tenemos del pasado y presente y las perturba. Intranquiliza. Somete. No da respiro. Asfixia. Lucha contra su otro yo. Aca-

ba. Le vuela la cabeza. Vuelve a disparar. Es una constante guerra entre las palabras y sus múltiples códigos lingüísticos. Una lucha entre el significante y el significado. Hiere. Sobre todo es onírica, íntima, bordea el surrealismo. Es una poesía no apta para cualquier lector (diría yo), pero no es hermética precisamente, su contenido es explosivo.

También en la poesía de Bellhram se observan múltiples guiños e influencias, que pueden ir desde Alejandra Pizarnik o la Storni hasta llegar a Ileana Espinel Cedeño o la citada Sonia Manzano. Otro dato importante de comentar es la libertad expresiva del poema y de los juegos musicales internos que valen la pena seguir de cerca en este poemario.

Concupiscencia de Siomara España

Siomara España (1976) es una poeta manabita, radicada en Guayaquil hace muchos años, fue integrante del grupo literario Re-verso. Actualmente cursa estudios de Literatura y Español en la Universidad de Guayaquil. Sus obras poéticas han sido publicadas en periódicos y revistas de la ciudad, consta en la reciente Antología de Poesía Joven. Ha participado en diferentes encuentros poéticos y literarios en el Puerto Principal. Y hoy, ella, Siomara España nos presenta su primera obra poética denominada *Concupiscencia*. Según el diccionario es el deseo inmoderado de los bienes terrenos y sobre todo de los goces sensuales. Teniendo esa definición como premisa nos metemos de lleno en esta ópera prima publicada en la Colección Lienzo del Ángel de la Editorial quiteña El Ángel dirigida por el poeta Xavier Oquendo. Este libro lleva un prólogo del destacado crítico Rodrigo Pesantez Rodas donde nos dice en la parte final:

Concupiscencia puede que nos oriente hacia un sensualismo no erótico, aunque sí pertinaz en sus referentes idiomáticos, fuera de las lirófanas sincronías, de los vocabularios encalambrados de aristas lingüales peligrosas, que tanto daño han hecho hoy a ciertos textos escritos por féminas de fama postiza, rindiendo pleitesía a la vulgaridad, jamás a la auténtica poesía. Con este libro la poesía empuña sus mejores recursos, bajo una sencillez de pla-

nos, ya sea en lo narrativo-descriptivo, cuando de enfocar los otros-yo se trata; o, cuando la voz personal se rinde a la piel de los afectos-desafectos. Buen comienzo para una travesía de veleros dormidos en la plenitud de un mar abierto. Buena señal para los navegantes de nuevos océanos en la lírica nacional.

Este libro consta de 47 poemas y está dividido en tres partes. La primera sección lleva como título el mismo del libro *Concupiscencia* y nos encontramos con una voz poética que se refugia en su pasado, en sus orígenes y nos deleita con poemas hermosos; aquí como ejemplo el poema *El Hijo*:

*Vago a prisa, sedienta, mutilada,
buscando, indagando, o despojando
los residuos del amor, la espada
que destrozó mis alas, no sé cuándo.
Lo descubro y me detengo a respirar.
No hago caso, conduzco y acelero,
pues la vida se rompió cual un cristal
y cargando hoy estocadas, solo espero.
La parca abre su manto, su mortaja,
obra infalible que del cielo baja
y se esparce sonriendo sin cuidado.
Y del amor, semilla que germina,
que endulza, que lacera o que lastima
solo queda el fruto máspreciado.*

O ese bello poema titulado *La mujer del miércoles* donde la voz poética se cuestiona tal vez lo rutinario de la

vida, los machismos imperantes de nuestra sociedad y la falta de amor entre los seres humanos:

*Cuántas veces la mujer del miércoles
desdobla el rostro,
lava sus pies
y camina sobre sus palabras.
Cuántas veces recorre los mismos caminos,
transita las mismas calles,
ve los mismos semáforos,
observa los mismos mendigos,
sube las mismas nubes,
busca la misma cama.
Cuántas veces la mujer del miércoles
busca la boca de su amante,
se estremece entre sus brazos,
grita de amor desesperada
y llora entre silencios sus palabras.
Cuántas veces la mujer del miércoles
quiere abandonar su pasión
olvidar sus sueños
y seguir atada.
Cuántas veces ríe y canta
y otras tantas llora enamorada.
Cuántas veces la mujer del miércoles
tiene que amarrarse el alma,
vivir el delirio, la locura
y caminar sobre lo dicho,
caminar sobre sus palabras.*

Antes de cerrar esta primera parte del libro no quiero dejar de mencionar que Siomara España nos deleita también con unos destacados sonetos. La parte intermedia del libro lleva como nombre Raíces y en esta pequeña sección de tan sólo 5 poemas van dedicado a Guayaquil y su cultura, a continuación el poema *Velorio Montubio*:

*En la cocina,
el fogón muerde las brasas
listas para el plátano, los chiricanos.
Las mujeres adoban, asan...ciernen café.
Debajo de la casa, arrimado a los estantes
los compadres susurrando...
un grupo, -en el hall pobre de la escalera-,
quema en aguardiente hojas de naranja.
Sobre la cuja de petate viejo,
una mujer llora,
otra la consuela...
Los niños ajenos a todo dolor corren,
precipitan el vuelo a la azotea,
chillan,
tropiezan el cubo de leche,
rechina su música de lata,
los muchines del fogón ya perfuman,
llaman al café.
Faltan 8 noches de rezos para el marido
muerto.*

Ahora nos adentramos a la tercera parte del libro que se llama Fases. Aquí nos deleitamos con algunos poemas dedicados a esa bella isla caribeña llamada Cuba con su reconocida musicalidad, cultura y vida. Los títulos son elocuentes La Habana, Diario del Che, Una tarde en la marina Hemingway y otros poemas con tintes sociales, como aquel que se llama *Navego en la web*:

*Navego en la web
mientras
Sabina descarga
y mi último cigarrillo
va chisporroteando sus postreras luces.
Perezco ante pensamientos desiguales,
desfilando sin pausa
van mis fetiches:
Silvio, Perales, Serrat y JJ...
Tropiezo con radio rebelde,
un retrato del Che,
el mundo,
la desigualdad social,
las revoluciones,
el imperio.
Líbano, Israel,
qué mundito, compañero...
me desconecto,
me bajo
ya no lloro.
Aunque la realidad estremezca.*

De esta forma quiero cerrar este pequeño viaje por la poesía de Siomara España. Muy bien lo dijo Xavier Oquendo en el comentario de la contraportada del libro: “La poesía de Siomara España es una confesión desenfadada. Es un verbo que se vuelca en el fondo de las palabras y que no deja espacio para la transpiración de más sensaciones”. Y sí, es una voz volcánica y torrencial que estoy seguro dará mucho que hablar en el presente y en el futuro de la lírica del país. Porque sé que su poesía tiene gran vuelo; estoy seguro que los libros que vendrán de esta poeta, sólo podemos seguir esperando lo mejor. Y para finalizar sólo quiero decir que toda buena poesía está lleno de concupiscencia ya que desea enormemente nombrar y sentir todos los deseos que sólo la palabra puede añorar en su infinita existencia.

El enigma de Lezama Lima

Vi lo que no vi,

pero ¿el ojo?

José Lezama Lima

1

Viajé a La Habana en busca de Lezama Lima. Buscando datos que me ayudaran a descifrar quién es este hombre que esconde la literatura cubana. Compré un pasaje de avión y llegué a Cuba. Lo primero que hice fue ir a ver al maestro. Pero antes caminé calle arriba, calle abajo por las grises y hermosas calles de La Habana. Hasta que llegué a la calle Trocadero. Toqué la puerta y pregunté por él. La mujer de Lezama Lima, María Luisa, me respondió que había salido con algunos amigos escritores y que pronto volvería. Que si quería que lo espere adentro. Le respondí que sí, lo esperaría, pero mejor en la calle. Me respondió que bueno. Les podría asegurar que tenía un cierto temor, angustia o estrés de enfrentarme cara a cara con alguien que lo venía leyendo hace muchos años, y que de algún modo, era como un amigo más, un familiar más, un padre literario más, aun-

que él no lo supiera. Y así me quedé sentado esperando afuera de su casa en la calle Trocadero 162.

2

Recuerdo que me dio hambre y salí a buscar un refresco y algunas papas fritas para cenar, para así engañar al estómago y seguir esperando. Caminé un rato hasta que encontré lo que buscaba. Engullí el refresco, las papas fritas y esperé afuera de la casa del maestro. Después de una hora, se detuvo un choque frente a la puerta de la casa de Lezama Lima. Se bajó un hombre obeso, algo canoso, bien afeitado y de buena de estatura. Era él. Sin duda, era él. El maestro entró y desapareció como un fantasma por la puerta principal. Se escucharon voces y de pronto se encendió la radio dentro de esa casa. Los cubanos tienden a ser personas muy amables y siempre buenos conversadores, de gran cultura y visión del mundo. Suelen dejar las puertas y las ventanas abiertas para que entre aire y para poder refrescarse mejor. Me acerqué y toqué la puerta. Una voz un poco ronca gritó María Luisa alguien toca la puerta. Ella dijo sí, ya escuché. Veré quién es. María Luisa se acercó a mi llamado y preguntó ¿quién es? Le respondí que yo. Un lector. Un admirador del maestro que había viajado de lejos para verlo. Ella aso-

mó la cabeza y con su acento caribeño me dijo que pasara, que el maestro acaba de llegar de la calle. Entré.

3

La casa de Lezama Lima no es muy grande pero me impresionaron los bellos cuadros que adornaban las paredes, pude reconocer la obra de algunos artistas plásticos famosos como Víctor Manuel, Rene Portocarrero, Mariano Rodríguez, Antonio Saura, Roberto Fabelo, Sandra Ceballos, Manuel Mendive, Francisco Faria o de Nego Miranda. María Luisa se me acercó y me preguntó si quería tomar una taza de té. Le que respondí que bueno. Esperé en la sala tomando un poco de ese sabroso té caliente. Al rato María Luisa se acercó y me dijo que pasara sólo un momento, ya que el maestro estaba en su estudio leyendo y escribiendo. Avancé y toqué la puerta del estudio. La voz ronca me dijo que pasara. Entré. Ahí estaba Lezama Lima, leyendo con una lupa algunos recortes de un diario. Ese cuarto pequeño que funcionaba como estudio del maestro estaba invadido por miles de libros por todas partes. El maestro seguía leyendo los recortes del diario y me preguntó qué se me ofrecía. Yo le respondí que venía a conocerlo y que quería hacerle unas preguntas. Me dijo que me sentara y que siguiera con las preguntas, aunque estaba muy ocupado escribiendo, le-

yendo y corrigiendo unas pruebas del nuevo número de la revista *Orígenes*. Me dijo que estaba revisando unos artículos y sonetos que le había enviado el poeta español Juan Ramón Jiménez por correo desde España. Me senté pero temblaba de los nervios. Intenté relajarme pero no podía. Me quedé en blanco. El maestro seguía leyendo en silencio.

4

No se me ocurrió nada interesante. Sólo balbuceé algunas preguntas sobre su escritura y sobre la literatura. Ese hombre que estaba frente a mí, había creado una nueva forma de entender y de leer nuestras raíces, nuestros orígenes, nuestro legado cultural como latinoamericanos. Su literatura se abría como un gran enigma. Su literatura dialogaba como una gran Babel hacia todas las lenguas. El barroco en su mayor esplendor. Estaba ante un hombre sencillo y normal. Ante un verdadero maestro, todo esto pensé. Lezama Lima me escuchaba como un cura cuando escucha los pecados dentro de una iglesia con parsimonia, con paciencia, con lentitud.

5

Me leyó fragmentos de un poema suyo: *No puedo. Es así. Y el caballo dobla el naipe. Voy. La toronja escampa, de-letreo. ¿Qué pregunta cabe? ¿Qué codo se entremezcla?* Yo estaba en silencio. Continuó con otro poema: *Dondequiera, cabalgadura avinagrada, en las rodillas letras de hueso, en las rodillas brazos y pelucas, lanzando un entrecortado humillo de azufre en el tambor infratierra. Camina hacia el escondrijo, la carcoma en el perchero queda. Un encontronazo de cabra y semiceja, casi y casi un roto en polvo, dondequiera.* Yo seguí en silencio y sólo escuchaba sus palabras como si pasara sobre mí un río fugaz, intenso y estremecedor. Volvió al poema inicial: *No puedo, voy a acostarme, despertaré sin el resguardo. Las arañas alfombran confundiendo sus hilillos. Don Aire congrega y descabeza.* Yo no dije nada más y sólo me despedí del maestro. También de María Luisa. No volví más a esa casa. Caminé sin dirección. Las palabras a veces están de más. Las palabras son banales instrumentos de sonidos que no nos ayudan a conquistar el mar pensé, mientras me iba perdiendo por las grises calles de La Habana.

Semblanzas de Sergio Román Armendáriz

Sergio Román Armendáriz fue parte de ese singular grupo literario modernista y adelantado como fue Club 7, junto a Carlos Benavides, Ileana Espinel, Gastón Hidalgo y David Ledesma. De ahí estudió artes escénicas y filmicas en México, praxis que aplicó en sus cursos de producción escrita y audiovisual en la Universidad de Costa Rica. “Cuaderno de canciones” y el libro “Arte de amar” fueron su aporte a la lírica parnasiano-simbolista (1959 y 1960). “Función para butacas” fue su aporte al teatro experimental (1973). El guion del largometraje ecuatoriano-mexicano “Nuestro Juramento” acerca de la vida y las canciones de Julio Jaramillo fue su aporte al cine para públicos amplios (1980). Sus 67 artículos incluidos en la Página 15 de “La Nación” de Costa Rica fueron su aporte al prosema, un periodismo encabalgado con la literatura (1985-1995). Hace algunos años lo entrevisté y me dijo:

Mtro. J.J. Pino de Ycaza (miembro menor de la Generación Decapitada quien conservó su cabeza mucho tiempo), nos aproximó al simbolismo y al parnasianismo decimonónicos recitándonos en francés a los líderes de esos movimientos, sobre todo, al trío vertebral: Baudelaire, Rimbaud y Verlaine, y traduciéndolos de inmediato al español, y comentándolos. Así aprendí a oxigenarme dentro de una caldera siempre a punto de explotar. Sin embargo, la iluminación se

dio a mediados de ese período cuando conocí al también estudiante David Ledesma Vázquez (ambos procedentes de 1934), en la imprenta del establecimiento, como referiré en párrafos posteriores. Pero, quizá, cultivé mi curiosidad (luego adicción y hoy, esquema del vivir-morir) desde el primer grado de primaria. (...) Sin embargo, la epifanía se produjo en la imprenta del Colegio Vicente Rocafuerte, en 1951, en medio de la fragancia de tintas de diversa especie y del ruido de los primeros linotipos y las charlas con los últimos y viejos obreros socialistas descendientes de los sucesos del 15 de noviembre de 1922 (fecha del bautizo con sangre de la clase obrera del Ecuador) allí, en ese clima premonitorio nos conocimos David Ledesma y yo, ambos provenientes de 1934 y comprometidos en ese lugar y hora con la confección de la sección literaria del periódico juvenil “Nosotros” y con algunas ideas parecidas a las grosellas rojas. Otra coincidencia significativa.

Sergio Román Armendáriz dice que los libros o los poemas que lo impactaron alguna vez fueron: *Abedules* de Robert Frost, *Ítaca* de Konstantin Kavafis, *La canción de la vida profunda* de Porfirio Barba-Jacob, Vicente Huidobro y su poesía y nos cuenta sobre el nacimiento de Club 7:

Con practicismo y desenfado, cierta cifra de jóvenes en 1953 conformamos un equipo para compartir nuestro vino existencial y nuestro ego íntimo y nuestro pan social (las tres sortijas del grupo) por medio de recitales radiofónicos y suplementos periodísticos y etcéteras afines. De allí el marbete: “Club 7” (1954). Pero dos amigos, cada uno por su cuenta y en distinto momento, antes de echar a volar la antología, decidieron separarse, uno, Miguel Donoso Pareja, para priorizar su narrativa, y el otro, Carlos Abadía Silva, para priorizar su música. Quedamos cinco adictos al simbolismo y al parnasianismo. La concordancia aritmética

exigía que nos llamemos “Club 5...” pero nuestra afición a la numerología y a la metáfora en donde 2 más 2 nunca dan 4, hizo que Carlos Benavides Vega, Gastón Hidalgo Ortega, Ileana Espinel Cedeño, David Ledesma Vázquez y este servidor, Sergio Román Armendáriz, decidiésemos mantener el número cabalístico. En 1960 dimos a luz “Triángulo”, David, Ileana y Sergio (Gastón se había encerrado en su bohemia y Carlos en sus investigaciones históricas). Ahora, solitario sobreviviente, estoy afinando mis composiciones dispersas con un santo y seña que sea, a la vez, pragmático y hedónico y ético: “Uno del Club 7”. La unidad de estilo exige también un sentido de serialidad desde la clave individual al conjunto. Y viceversa. Fascina la gradación: siete, cinco, tres, uno. ¡Nada!

Es un autor de una obra no muy extensa pero que vale la pena conocerse, como por ejemplo el libro *Arte de Amar*, escrito en los duros años de su juventud en Guayaquil. Ahora nos muestra otra de las facetas en este nuevo libro llamado *Semblanzas* que es un recuento, ensayos sobre la poesía ecuatoriana: *El canto del bisabuelo* de Wilson Burbano, *A la orilla de las partituras literarias* de Guillermo Montoya Merino, *En caso de fallecer*, poemario de Ricardo Torres Gavela o *Mi yo malo* de Gabriel Cisneros que nos dice por ejemplo:

Alejado del sol vertical de mi tierra, intento descubrir en las estancias de Gabriel y en las gráficas de Eddie, esa rebeldía especializada en adversar cualquier atisbo del statu quo. El marbete ‘Mi yo malo’ es un reto morfosintáctico y un caramelo psicodélico que causan placer y descontrol pues el adjetivo ‘Mi’ posee al pronombre ‘yo’ que despreciando a algún verbo natural, se encadena a otro adjetivo, ‘malo’, construcción inusual en nuestra lengua, siendo, pues, la desviación del sentido recto de los ingredientes del sintagma, la causa de su atracción. La fórmula se repite

en 'Cantata en el espejo', composición 37, página 81: 'Hoy / en mi no tiempo, / en mi no cama, / en mi no orgasmo, / en mi no poesía / (...)' con la variación de intercalar, ahora, el adverbio 'no' entre el adjetivo 'mi' y los sustantivos 'tiempo, cama, orgasmo, poesía', construcción también inusual en castellano en donde el adverbio tiene que calificar a los verbos que, en este ejemplo, yacen ausentes. Otra vez, la desviación del sentido gramatical de los vocablos, seduce.

Cuando le pregunté a Sergio Román Armendáriz sobre su poética me dijo:

Asumo la poética a la manera de un intento de imbricar estilo e ideología, buscando que ésta sea, en sí, estilo, y, éste, en sí, sea, ideología, entendiendo por tal, lo que el texto predica del contexto, lo cual sintetizo en el siguiente albur: ¿Cómo se debe enfrentar o cortejar la vida-muerte (en lo existencial, en lo íntimo y en lo social). ¿Y cómo no se debe hacerlo? Con esta perspectiva, la ideología corresponde a la sustancia del mensaje y a su consistencia en cuanto a la carga significativa de realidad o de contexto que deja transparentar el texto por medio de la fantasía y la arquitectura de las formas que constituyen el estilo. De este modo, la Belleza con mayúscula, valor supremo de la Estética, poco tiene que ver con lo bonito o con lo agradable. Sólo tiene que ver con la intensidad del sismo heredero del caos siempre y cuando imponga, al fin, un logos, un orden. Esto conquista, verbigracia, David Ledesma Vázquez en "Los días sucios" ("Triángulo", Guayaquil, Casa de la Cultura, 1960). Gracias al espejo paralelo del cine, se enfatiza que la oscuridad debe iluminarse y el silencio debe provocarse en el laboratorio porque el registro fisiológico es diferente al registro fotográfico, y es diferente la captación por el magnetófono que por el oído. Si no se procede así el resultado será manchas en vez de oscuridad, y siseos en vez de silencio. Extendiendo este

dato a la poética, debemos aceptar que el tratamiento de lo absurdo exige su propia lógica. Y el de la violencia, en la política, su propia serenidad. Así percibo mi canon, nunca un ser logrado, siempre un ser en trance o, mejor, un “ser” insatisfecho mutándose en un insatisfactorio “deber ser”. Siempre.

Actualmente Sergio Román Armendáriz vive en Costa Rica, no pierde, ni olvida sus raíces ecuatorianas. Está al tanto de todo lo que pasa en el Ecuador:

Ser ecuatoriano es un orgullo pero en la bolsa de los valores internacionales, sufrimos una injusta depreciación. Asignatura pendiente es ajustar aspectos de imagen y mercadotecnia. Incluso, yo debo ponerme al día en literatura tan variada por medio de “blogs” y fuentes virtuales donde fluyen información directa y saludable que los manuales y tratados tardarán en incorporar. Por eso, con esta apostilla, acotaré de manera indirecta la pregunta, anotando algunos títulos (de libros y acontecimientos) que balancearon mi madurez sobre el columpio que une y separa el tramo final del bachillerato con el inicial tramo universitario, circunscritos ambos a ese Guayaquil de 1949 a 1953.

Sergio Román Armendáriz sigue en producción. Sigue escribiendo. Sigue siendo un escritor que la literatura ecuatoriana y sobre todo la crítica lo ha olvidado. Es hora de cambiar esa realidad. Román Armendáriz es un escritor mito, un escritor leyenda, un escritor puro. Trabaja el teatro como la poesía y el ensayo de forma punzante y con buen ojo. Es hora de leerlo y disfrutar de su pluma.

El final del juego

De una manera básica nos dicen: que la cultura es un conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o grupo social en un periodo determinado. El término 'cultura' engloba además modos de vida, ceremonias, arte, invenciones, tecnología, sistemas de valores, derechos fundamentales del ser humano, tradiciones y creencias. A través de la cultura se expresa el hombre, toma conciencia de sí mismo, cuestiona sus realizaciones, busca nuevos significados y crea obras que le trascienden.

Se dice que la cultura es información no genética, "memoria común de la humanidad o de colectivos más restringidos nacionales o sociales", memoria no hereditaria de la colectividad, expresada en un sistema determinado de prohibiciones y prescripciones. Una cultura es, por tanto, memoria, sistema, comunicación. Se supone que el trabajo fundamental de la cultura consiste en organizar estructuralmente el mundo que rodea al hombre.

La cultura es un generador de estructuralidad; Lotman piensa que para cumplir esta función, la cultura dispone de un dispositivo estereotipador estructural, el lenguaje natural. El lenguaje está pues, en el centro de la cultura misma:

es su núcleo, y funciona como un manantial vigoroso de estructuralidad.

Se habla de un constructivismo radical que concede al hecho de que nuestras representaciones del mundo sean realmente construcciones. Y de que nuestro mundo es una construcción narrativa. Peirce nos habló de que los objetos o conceptos por sí solos no tienen validez inherente o tienen importancia. Su trascendencia se encuentra tan sólo en los efectos prácticos resultantes de su uso o aplicación.

Por otro lado, Saussure dijo que el lenguaje puede considerarse como lengua o como habla, es decir, como el conjunto global de reglas sintácticas y semánticas de una lengua determinada o atendiendo a sus manifestaciones individuales. Y que el signo consta de un significante y de un significado; la relación que existe entre ambos es arbitraria y que los dos dependen de una amplia red de diferencias.

Creo en el poder de la palabra, ahí siempre ha radicado nuestra fortaleza. Y que el conocimiento fue el comienzo de nuestra propia destrucción. Este supuesto poder ante el resto de los seres vivos fue el final. ¿Qué hacemos con todo lo destruido? ¿Lo vamos a volver a construir? ¿Cómo empezar de nuevo, desde el inicio, antes que este juego se acabe?

Augusto Rodríguez (Guayaquil, Ecuador, 1979) Periodista, editor y catedrático de la UPS de Guayaquil. Autor de 20 libros entre poesía, cuento, novela, entrevistas y ensayos en prestigiosas editoriales de España, México, Rumania, Cuba, Perú y Ecuador. Ha obtenido el Premio Nacional de Poesía David Ledesma Vázquez (2005), el Premio Nacional Universitario de Poesía Efraín Jara Idrovo (2005), Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía César Dávila Andrade (2005), Premio Nacional de Cuento Joaquín Gallagos Lara (2011), Mención de Honor en el Premio Pichincha de Poesía (2012), Finalista del Premio Adonáis, España (2013) y Finalista del Premio de Crónicas Nuevas Plumas, México (2014). Uno de los fundadores del grupo cultural Buseta de papel. Ha sido invitado a los más importantes encuentros literarios en: Madrid, Ciudad de México, Granada, La Habana, Santiago de Chile, Monterrey, París, Medellín, Buenos Aires, Caracas, Guadalajara, Berlín, Bogotá, Lima, Nueva York, etc. Parte de su obra poética está traducida a diez idiomas: inglés, árabe, portugués, catalán, rumano, italiano, alemán, turco, francés y medumba (Camerún). Editor de El Quirófano Ediciones. Director del Festival Internacional de Poesía de Guayaquil Ileana Espinel Cedeño.

El lector inventado es la segunda parte del libro de ensayos *En defensa de la lectura* y pretende mostrar el hilo que une al escritor con el lector (ese hilo es muy fuerte al punto que como un juego de espejos) el lector pasa a ser creador y el autor es lector y viceversa.

En este libro viajaremos por la obra de Inverso, Caicedo, Gómez Jattin, Escobar, Ramos Sucre, Emar, Perlongher, Martínez Rivas, Panero, Becerra, Verduga, Cárdenas. Además de la obra de Kafka, Courtoisie, Lezama Lima, Román Armendáriz hasta llegar a poetas más jóvenes como González Velázquez, Bravo, Bellrham o España.

También hay espacio para un homenaje póstumo al poeta chileno Gonzalo Rojas y un texto que reflexiona sobre el mundo del Facebook, entre otras cosas. *El lector inventado* es un libro de cuentos, ensayos, diarios; un libro inclasificable que sigue la estela del mejor Piglia, Vila-Matas o Pitol.